BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

SILVER KANE

MANCHAS DE SANGRE EN LOS OJOS



COLECCION
LA HUELLA

eb

SILVER KANE

MANCHAS DE SANGRE EN LOS OJOS

Colección LA HUELLA n.° 80
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 12.617 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: mayo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

DOS VOCES EN EL ABISMO

¿Cuántas cosas tiene tiempo de pensar un hombre que está cayendo al abismo? ¿Cuánto tarda en llegar al fondo? ¿Cuánto dura su muerte?

Éstas son preguntas que nadie puede contestar, porque los que caen desde el piso treinta de un rascacielos y se estrellan contra el asfalto ya no cuentan nunca lo que han sentido. Pero Miles, en el momento en que se balanceaba a aquella inmensa altura, en el momento en que veía las torres de Chicago dar vueltas en torno suyo, sintió algo que nunca podría explicar. Sintió en primer lugar que era terriblemente larga aquella caída que en apariencia sólo duraba unos segundos. Y sintió a continuación asombro, porque jamás hubiera imaginado estar tan cerca de la muerte, porque nunca pensó que aquello fuera a suceder…

Las lejanas torres de la Marina, que prestan su fisonomía al moderno Chicago, despidieron millones de luces ante sus ojos.

Y recordó extrañamente las últimas palabras que había pronunciado cuando aún no sabía que iba a morir. Recordó su brindis.

—Magnífica idea beber juntos —había dicho—. A su salud…

Y de pronto le había parecido que los ojos que tenía enfrente cambiaban de expresión.

Le había parecido que eran distintos.

Que algo diabólico nacía en aquellas pupilas.

Miles había tenido tiempo de decir:

—¡Noooo!…

La hoja de acero se había clavado en su corazón, al borde mismo de la barandilla. Todo su cuerpo había vacilado. Y como si llegara de infinitamente lejos, como si surgiera del fondo de los abismos el

vacío, le había envuelto su propio alarido:

¡NOOOOOO!…

Sus ojos desencajados miraron el vacío.

La calle.

El asfalto gris…

SFLAAAAAM.

Curiosamente, oyó el golpe. Extrañamente, su cerebro llegó a captar aquella última sensación, aquella llamada del horror. Luego, nada. Por supuesto que Miles no se dio cuenta de que su cuerpo se partía en dos pedazos. No se dio cuenta tampoco de que uno de sus zapatos saltaba hasta un escaparate situado a más de veinte yardas. Ni de que un inmenso charco rojo atravesaba la calle.

En lo alto del rascacielos, treinta pisos más arriba, sonaron gritos, pero éstos no llegaron al asfalto.

Una espesa lluvia empezó entonces a caer, de repente, como si fuese una señal del cielo.

Y aquella lluvia se llevó en silencio los regueros de la sangre.

El teniente Haley, de la Brigada de Homicidios de Chicago, fue depositando en la bolsa los efectos personales del muerto.

La luz del depósito de cadáveres era cruda, agobiante. Se reflejaba en los ojos del cadáver, espantosamente abiertos, y allí adquiría matices de una extraña lividez. El teniente, pese a toda su experiencia, evitaba mirar hacia allí mientras sentía que unas gotitas de sudor iban naciendo en sus sienes.

—Un permiso de conducir en plena vigencia —fue diciendo—. Una licencia de submarinista. Una tarjeta de crédito del
Diner’s
Club. Una agenda con direcciones, todas las cuales ya han sido fotografiadas. Un llavero con dos llaves para el coche y otra para el apartamento de Miles. Un anillo. Una cartera con doscientos dólares. Un reloj marca «Rolex», parado. Un bolígrafo partido en dos pedazos. Es todo.

Cerró la bolsa y esta produjo un sonido crujiente. Luego volvió la espalda al muerto.

—Sargento Gordon —llamó.

El sargento vino a pasitos rápidos. Era un veterano que se las sabía todas y que tenía un olfato especial para los crímenes, pero ahora andaba desorientado, andaba como un perro perdido. Movió

la cabeza negativamente.

—Nada, Haley —dijo.

—¿Ha hablado con todos los invitados a la fiesta?

—No, con todos no he podido. Eran más de doscientos. Todos los muchachos de la Brigada están ahora trabajando de lo lindo con ellos, pero no terminarán hasta después del amanecer.

—¿Doscientas personas estaban metidas en el piso treinta? ¿Pero qué es aquello? ¿El congreso de Estados Unidos?

—Es el apartamento del millonario Flanagan, teniente. Ya sabe que Flanagan posee dos periódicos, media docena de revistas y una editorial que ha podido lanzar varios *bestseller* en los últimos años. Él iba a publicar el relato de Miles y ofrecía una fiesta para «presentar en sociedad» el futuro libro y asegurar así su éxito. Allí estaba el «todo Chicago», ¿comprende? Críticos, cineastas, periodistas, aristócratas que no tenían nada mejor que hacer, políticos, cortesanos de precio…

El teniente hizo un gesto de fastidio.

—Sí, sí… —dijo—. Ya sé. Lo de siempre.

E hizo un gesto señalando el cadáver que aún tenía a su espalda. Gruñó:

—Pero Miles estaba brindando con alguien en la terraza cuando cayó, ¿no? Hemos hallado la copa en el suelo; una copa con sus huellas dactilares clarísimas. Y ese «alguien» con el cual Miles estaba fue quien le clavó el estilete en el corazón y luego lo empujó hacia aquella baranda que era demasiado baja, ¿entendido? Aparentemente, es un caso fácil: un crimen cometido ante doscientas personas. ¿Quién estaba con Miles, sargento?

Gordon hizo un gesto de impotencia.

—No lo sé, teniente.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿Nadie los vio?

—Había mucha gente, ya se lo he dicho. El lío era considerable porque en aquel momento acababan de abrir el *buffet* frío. Seguro que Miles salió a la terraza con alguien, pero pudo ser con cualquiera, porque todo el mundo le conocía. Repetiremos los interrogatorios una y otra vez hasta que surja algún detalle, pero estoy pesimista, teniente. No creo que nadie se fijara en nadie en aquel momento, aunque siempre puede surgir la casualidad. Hemos de confiar en eso.

—La casualidad tiene dos nombres, sargento —dijo Haley—: Los camareros y los fotógrafos. Los camareros no se distraen y están atentos a la gente: apriételes las tuercas bien para que hablen. En cuanto a los fotógrafos, quiero ver todas las placas que se impresionaron en esa fiesta, una por una. Puede que detrás de algún grupo, al fondo, aparezca Miles en la terraza con la persona que le mató.

Gordon hizo un gesto de asentimiento.

Salió arrastrando los pies.

Sabía que le quedaban horas y horas de un trabajo metódico, ingrato y seguramente inútil, pero había que hacerlo porque en cualquier momento la chispa podía saltar. En los éxitos de la policía interviene un diez por ciento de inspiración, pero el restante noventa por ciento se debe a comprobaciones infatigables, minuciosas, aburridas, que parecen no ir a terminarse nunca.

Haley pasó a la sala contigua.

Quedaba el trámite de la identificación. Era una cosa rutinaria, pero el juez no liquidaría la primera parte del asunto sin que ese trámite se hubiera cumplido. De modo que contempló con expresión aburrida a todos los que esperaban allí.

Eran seis.

Seis de los invitados a la fiesta de Flanagan, seis hombres vestidos de *smoking* que clavaban en él unos ojos asustados y todavía incrédulos. Haley los había elegido entre los que conocían mejor a Miles, entre los que podían identificarlo sin ningún género de dudas, pues el cuerpo estaba tan destrozado que la tarea no iba a ser fácil. Mientras se ponía un cigarrillo en los labios, susurró:

—Siento haberles molestado, señores.

Y cerró un momento los ojos. Aquella luz demasiado cruda seguía haciéndole daño en el fondo de los globos oculares, como si le pinchara. Luego se rehízo un poco, intentó sonreír y añadió:

—El trabajo que les espera es desagradable, pero necesario. Todos ustedes estaban en la fiesta, todos conocían muy bien a Miles y, por tanto, pueden identificarlo. Les ruego que me acompañen uno por uno, según el orden en que yo mismo les vaya llamando. Su tarea consistirá en decir si reconocen al muerto y firmar una pequeña declaración que les presentaré inmediatamente después. Les ruego que sean breves y que no se impresionen ni hagan

comentarios. El señor Miles está algo… bueno, su aspecto no es agradable después de la caída.

E hizo una seña al primero.

—Señor Barton, por favor.

Desapareció con él.

Los otros cinco se miraron. Había en sus ojos angustia, había indecisión, había, seguramente, miedo. No sabían por qué, pero les parecía sentir planear sobre sus cabezas un lejano soplo del Más Allá. Incluso Patrick, que era uno de los menos imaginativos, tembló mientras decía:

—Se lo advertí a Miles. Esa aventura tenía que terminar mal, muy mal. Era meterse con lo desconocido.

—¿Por qué era meterse con lo desconocido? —susurró Banningan mientras daba unos pasos nerviosos por la habitación—. Ustedes saben que yo participé con Miles en esa aventura. ¿Qué había de malo en ella? ¿Es que unos hombres audaces no van a poder descubrir lo que hay en el fondo de los océanos? ¿Por qué?

Patrick dijo, con mirada vidriosa:

—Ya sabe lo que pienso sobre ese mar, Banningan. Escribí sobre ello.

—Lo que pasa es que usted es un crítico muy pesimista, Patrick. Nada de lo que hace la gente le parece bien.

—Nada de lo que hace la gente en el triángulo de las Bermudas —precisó—, donde están desapareciendo personas y barcos desde hace siglos. Y últimamente, aviones. Sólo faltaba eso.

—Miles no desapareció en el triángulo de las Bermudas —dijo secamente Banningan—, sino en el centro de Chicago. Hay distancia, ¿no?

—Es igual.

—¿Por qué va a ser igual?

—Porque si en ese maldito sitio intervienen personajes de otro planeta, seres de otra dimensión, nada impide que esos seres actúen en el centro de Chicago también —gruñó Patrick.

Banningan rió secamente.

—¿Qué está pensando? —Gruñó.

—Yo sé lo que pienso.

—De acuerdo, pues dígalo, hombre. ¡Dígalo! Lo que está pensando es que Miles brindó en la terraza con un marciano o con

un habitante de Saturno, ¿verdad? O quién sabe si brindó con un muerto. ¡Vamos, hombre, dígalo de una vez y así nos reiremos todos!

Los dos hombres se miraron con tensión, casi con odio. Estaba, claro que la muerte de Miles les había hecho perder los nervios y ambos estaban a punto de estallar. Pero, en aquel momento, el teniente volvió.

—Señor Patrick, por favor —dijo—. Es su turno.

Patrick salió mientras dirigía una mirada furtiva en torno suyo.

Banningan se puso un cigarrillo en los labios, pero le costó encenderlo. Parecía mentira que a él, un aventurero, le temblase el pulso de aquella manera. Sus ojos se volvieron entonces hacia una segunda puerta que acababa de abrirse y por unos instantes hubo en ellos un parpadeo, como si temiese ver surgir una aparición.

No podía evitarlo. Aquella prolongada estancia en el depósito de cadáveres le estaba poniendo nervioso.

Pero era un empleado el que entraba. Un tipo que vestía una bata azul claro impecable y que no tenía nada de fantasmal. Con una sonrisa, preguntó:

—¿Alguno de ustedes se llama Banningan?

—Sí —dijo el aludido—, soy yo.

—Le llaman al teléfono.

—¿Y quién sabe que estoy en el depósito de cadáveres?

—Eso lo ignoro. Sólo me han dicho que es importante.

—De acuerdo, gracias. ¿Por dónde voy?

—Siga a mano izquierda cuando salga de aquí. Verá una indicación.

—Gracias nuevamente.

Salió. Pudo ver un largo pasillo penumbroso, pues allí la luz cruda desaparecía por completo. Se trataba de una zona de servicio donde reinaba una quietud casi siniestra. Anduvo unos pasos hacia la izquierda y vio tres puertas. Junto a una de ellas estaba la indicación de que le habían hablado: una plaquita blanca que decía: «Teléfonos».

La abrió.

Y vio otro pasillo.

Pero éste, más largo que el anterior. Más oscuro. Con unos enormes armarios metálicos que ocupaban la pared de la derecha.

Ni rastro del teléfono.

Banningan parpadeó.

Volvió sobre sus pasos, miró la indicación de nuevo y se convenció de que, en efecto, la había visto bien. Luego regresó de nuevo al interior del pasillo mientras se decía que sin duda los teléfonos estaban más al fondo. Tenía que seguir.

Y siguió.

Oía el ruido quedo de sus propios pasos.

De su propia respiración.

El suelo era metálico. Eso producía una extraña vibración a cada pisada que daba, un tloc, tloc monótono que se metía en el cerebro.

Hacía un frío espantoso allí.

Los pensamientos se agolpaban en su cráneo.

¿Por qué? ¿Dónde estaba? ¿En qué maldito lugar se había metido? ¿De quién era la voz de aquella llamada, una llamada que seguramente no existía?

Fue a girarse.

Y entonces captó aquella respiración.

Lenta. Pausada.

Silbante.

Una respiración de fiera al acecho, una especie de aliento cálido que ya estaba junto a él.

¡CHASK!

El sonido había saltado a su lado mismo. De pronto, Banningan se detuvo mientras sentía que su rostro se cubría instantáneamente de sudor. Y en fracciones de segundo, como en un chispazo, se dio cuenta del sitio en que estaba.

Ahora lo comprendió.

Los cajones eran «la nevera».

El sitio donde podía guardarse indefinidamente un muerto sin que se corrompiese.

Uno de los cajones se acababa de abrir de golpe ante él. Banningan tuvo la brutal sensación de que el muerto iba a saltar ante sus ojos. Las pupilas horriblemente dilatadas del cadáver se posaron en las suyas, se clavaron en ellas como si estuvieran dotadas de vida.

Banningan no pudo evitar una especie de gruñido.

El miedo le atenazó. Pese a todo lo que había vivido, no pudo

evitar que esta vez el pánico le dominara. Definitivamente, fue a girarse porque volvía a notar junto a su nuca aquella respiración anhelante, cálida, quieta…

Y entonces el golpe se abatió sobre su cabeza. Fue un auténtico mazazo. Todo el cuerpo de Banningan se estremeció.

Giró sobre sus tacones.

Pero, como le había ocurrido a Miles antes de morir, aún llegó a ver lo que le pasaba. Aún pudo ver el cajón vacío que se abría bajo sus pies. Aún se dio cuenta de que caía al interior y de que un frío mortal le rodeaba.

Banningan lanzó un sordo grito, pero él mismo ya no lo oyó.

El cajón se cerró lentamente, movido por el mando a distancia. Un leve chasquido indicó que había quedado incrustado del todo en el bloque de la nevera, a más de veinte grados bajo cero.

Banningan ya no era más que un muerto como los otros.

El silencio más espantoso se hizo en torno a él.

Y en el tablero de control que indicaba la situación de los cadáveres, se encendió una lucecita.

CAPÍTULO II

UNA AVENTURA DEL MÁS ALLÁ

El teniente Haley se había hartado de buscar por todas partes, por todos los rincones, por todas las salas del inmenso edificio. Al fin se dejó caer desalentado, atónito, sobre uno de los bancos de mármol mientras barbotaba:

—No puede ser… A ese hombre no se lo ha podido tragar la tierra… ¡No puede ser!

El sargento Gordon susurró con paciencia, mientras se acariciaba la calva:

—A ver… Reconstruyámoslo de nuevo. Usted se había ido con Patrick un momento antes. Y de pronto, según los otros que estaban en la habitación, entra un empleado y le dice a Banningan que tiene una llamada urgente al teléfono, ¿no es así?

—Exacto. Así es justamente.

—Hemos hablado con ese empleado. Dice que, en efecto, hubo una llamada para Banningan, pero que no puede asegurar si la voz fue de mujer o de hombre, porque tuvo la sensación de que no era una voz normal. De que era una voz metálica. Pero avisó a Banningan y le indicó la dirección que debía seguir.

Haley suspiró:

—También es cierto.

—Bueno, pues sigámosla nosotros. Intentemos reconstruir los pasos de Banningan. Pongámonos en su sitio.

Era una idea aburrida, pensó Haley. Ya la habían puesto en práctica tres veces. Tres veces habían ido hasta la antesala donde había tres puertas, habían leído la indicación que decía «Teléfonos» y habían franqueado la entrada correspondiente. Unos pasos más allá estaban las dos cabinas perfectamente iluminadas Pero de

Banningan, ni rastro. Daba la sensación de que Banningan no había llegado jamás hasta allí, pese a lo sencillo que era.

Ni rastro de sus huellas en el auricular. Ni de sus pisadas en el suelo de la cabina. Nada…

—¿Para qué vamos a repetir eso otra vez? —farfulló el teniente —. Es un asco…

—Con los sospechosos las cosas se comprueban diez veces. ¿Por qué no con los policías?

Haley dijo aburridamente:

—Está bien, vamos otra vez…

Y los dos salieron, llegando hasta el recinto donde estaban las tres puertas y la indicación. Haley fue a entrar de nuevo en el sitio correspondiente, pero de pronto se detuvo mientras sus dedos parecían agarrotarse.

—Infiernos… —balbució.

—¿Qué pasa, teniente?

—Una cosa que se me acaba de ocurrir: ¿Qué pasaría si alguien cambiase de sitio la indicación que dice «Teléfonos»? Es simplemente una plaquita que encaja a presión, por medio de una ventosa. Diga, sargento: ¿qué pasaría?

—Pues que Banningan habría entrado por otra puerta, teniente. Sólo eso.

—¿Qué puerta?

—Eso lo podemos comprobar en un minuto.

Y desecharon la de las cabinas, puesto que ésa ya estaba comprobada. Pasaron a la segunda, que daba a un insignificante despacho de control. Eso tampoco les interesaba. La tercera, en cambio, daba al enorme y siniestro pasillo donde estaba la nevera. Los dos hombres tuvieron una sensación de frío en la garganta, pero ese frío llegaba del fondo de sus propios nervios.

Un empleado vestido de azul, un tipo que ahora sí que parecía un fantasma, salió a su encuentro.

—¿Qué pasa, teniente? —musitó.

—Quiero ver todos los fiambres que hay aquí —dijo el policía, casi sin voz.

—Oiga, usted no sabe lo que dice… ¡Hay más de ochenta!

—Es igual. Quiero verlos todos.

El empleado miró el tablero de control, donde había, en efecto,

más de ochenta lucecitas encendidas. Cada una de ellas significaba un cajón ocupado por un muerto. Mediante una serie de botones del mando a distancia empezó a abrirlos uno tras otro.

Cada uno de ellos parecía saltar al aire. El muerto sufría un raro estremecimiento y de pronto parecía dotado de vida. Algunos ojos que estaban cerrados se abrían por pura inercia muscular. Algunas manos se movían levemente.

Toda la miseria física de Chicago estaba allí, desde el paria que muere de hambre en una esquina, hasta la prostituta negra asesinada en un cuartucho de un hotel de tres dólares. Desde el accidentado al que nadie quiere identificar, hasta el «millonario» que se suicida lanzándose desde una torre y cuya documentación resulta ser falsa. Más de ochenta cuerpos que nadie había reclamado y que eran guardados allí durante un plazo prudencial, antes de ser entregados a los estudiantes de anatomía de la Facultad de Medicina. Muchos de aquellos rostros eran viejos conocidos para Haley y para Gordon, que pestañeaban bruscamente al verlos otra vez.

Y de pronto los dos lanzaron un grito al unísono.

Por un momento no parecieron unos profesionales, sino unos simples aficionados que se dejan impresionar. Porque Banningan estaba allí, en uno de los cajones más bajos. Horriblemente contraído, horriblemente encogido, como si su cuerpo hubiera tratado de conservar hasta el último segundo el calor que necesitaba para vivir. A causa de la respiración, su boca y sus fosas nasales aparecían tapizadas de cristalitos de hielo. Las manos crispadas aún parecían pedir auxilio en mi último y desesperado gesto.

Haley susurró:

—Sargento, haga que lo saquen de aquí.

Volvió la espalda. Era extraño lo que pasaba, pero no podía ver un cadáver. Las rodillas le temblaron un momento. Resultaba inconcebible en un veterano como él.

¿Veterano? Bueno, sólo tenía treinta años y había hecho la mejor carrera de la policía de Chicago, pero desde los dieciocho se estaba jugando el tipo en los *slums* de una de las ciudades más ricas y a la vez más miserables del mundo. Había visto docenas y docenas de muertos y, sin embargo, ahora no podía soportar la visión de uno

solo. Su cuello se contrajo como si fuese a sufrir una arcada.

Gordon musitó:

—¿Qué le pasa, teniente? ¿Se siente mal?

—No, no es nada. Haga lo que le he dicho, sargento.

Volvió a la sala de las tres puertas, donde la luz seguía siendo tan lívida y espectral como antes. Encendió un cigarrillo, pero su mano derecha temblaba. El sargento volvió unos minutos después.

—Según mi ojo clínico, llevaba sólo una hora muerto por congelación —susurró—. Quizá si nos hubiéramos dado cuenta antes… Pero todo es inútil. ¿Qué cree que ha sucedido, teniente?

—Tengo ya una teoría, aunque las teorías de poco sirven.

—Al menos son una base de partida. ¿Qué es lo que piensa?

—Imagine que alguien llamó a Banningan disimulando la voz. Tenía que ser la misma persona o el mismo diablo que mató a Miles, de modo que sabía que ese hombre estaba aquí. Imagine que llamó desde la cabina que hay justo enfrente del depósito de cadáveres.

—¿Por qué desde ahí?

—Porque debía conocer la distribución de esto y sabía que tardarían un par de minutos en poder avisar a Banningan y que este emplearía dos más antes de llegar a las cabinas. Ese margen de cuatro o cinco minutos le permitió actuar con la mayor rapidez.

—¿Actuar en qué sentido?

—Pudo entrar aquí aprovechando que el depósito de cadáveres es un lugar público al que bastantes personas acuden para las identificaciones. Luego se coló hasta el sitio en que estamos ahora. Retiró la plaquita que indica «Teléfonos» y la cambió de sitio. Con eso obligó a Banningan a entrar justo en el lugar que esa persona quería.

El sargento escuchaba con la mayor atención. Había palidecido. Mientras miraba aprensivamente en torno suyo, pidió:

—Siga…

—Luego comprobaremos esta teoría yendo desde la cabina de teléfonos hasta esta habitación y cambiando la plaquita, pero estoy seguro de que todo ello puede conseguirse en menos de tres minutos. Le quedaba uno al asesino para colocarse detrás de la puerta que da a la nevera y esperar a que Banningan entrase.

Gordon musitó:

—Ahora lo… lo comprendo… En el fondo todo pudo ser espantosamente sencillo… Pero ¿quién es el diablo que puede lanzar desde treinta pisos de altura a un hombre, delante de doscientos invitados, sin que nadie le vea? ¿Quién puede conocer el depósito de cadáveres tan perfectamente? ¿Quién es capaz de colarse hasta aquí sin que se fijen en él? ¿El hombre invisible?

Haley dijo pensativamente, mientras el cigarrillo estaba a punto de resbalar de entre sus labios:

—Quizá no sea una persona de este mundo, Gordon; quizá sea un ser del Más Allá.

—¿Por qué diablos… dice eso?

—No lo sé. Pero lo que resulta cierto es que tanto Miles como Banningan se habían metido hace poco en una extraña y sucia aventura, en una auténtica aventura del otro mundo.

CAPÍTULO III

LA MARCA DE LO DESCONOCIDO

El profesor Newcombe señaló con su largo indicador una pequeña zona del mapa que cubría, aproximadamente, las zonas marítimas que rodean Jamaica, Puerto Rico y Cuba, llegando hasta el extremo más meridional de la península de Florida. En aquella zona había trazado un gran círculo de tiza, haciéndola así destacar con perfecta claridad. Luego miró a los hombres que le estaban escuchando en la pequeña sala de reuniones de la Brigada de Homicidios de Chicago.

Aquellos «alumnos» no formaban parte de su grupo habitual de la Universidad. Por el contrario, eran policías empedernidos y habituados a arrastrarse por la suciedad de Chicago, eran chivatos profesionales que lo mismo delataban a su enemigo que a su padre, eran busconas callejeras que daban informes a la Brigada y eran, por fin, agentes especializados en lo que podría llamarse «policía científica». Entre éstos se encontraba el teniente Haley, pero el teniente Haley parecía medio dormido. Sus ojos claros, vacíos, estaban entrecerrados y no miraban a ninguna parte.

El profesor Newcombe dijo:

—Este círculo que he trazado lo dibujan otros en forma de un triángulo. Es el famoso «triángulo de las Bermudas», que tanto ha dado que hablar. Se halla muy próximo al «mar de los Sargazos», que tanto aterrorizó a los marinos de Colón en 1492, y la zona, como todos saben, es un sector de profundas calmas donde de tarde en tarde se producen extraños tifones que duran apenas unos minutos y son capaces de tragar instantáneamente a cualquier barco o avión que quede a su alcance. Pero ello convertiría simplemente a esa zona de las Bermudas en un lugar peligroso para la navegación,

como tantos otros, de no darse dos circunstancias que no pueden explicarse aún: el hecho de que se produzcan tremendas e injustificables perturbaciones magnéticas y el hecho, mucho más inquietante, de que no sean hallados jamás restos de los barcos ni los aviones desaparecidos. Eso ha hecho pensar una serie de cosas que pueden ser disparatadas, pero que están siendo discutidas incluso al más alto nivel científico. Por ejemplo, en la posibilidad de que unos seres superinteligentes, dueños del espacio desde hace bastantes siglos, «chupen» el navío o el avión que les interesa, después de haberle hecho perder el rumbo, y se lo lleven con sus tripulantes a otra dimensión que aún desconocemos. De hecho, ésa es una de las zonas en que han sido vistas más formaciones de ovnis en los últimos tiempos.

Dejó un momento de hablar, observando la atención con que le escuchaba su auditorio (todos menos aquel maldito teniente que parecía medio dormido) y añadió:

—Lo evidente es que allí existe una antigua civilización sumergida y cuyos restos son discernibles a simple vista desde los aviones, en los días muy claros. Se trata, entre otras cosas, de la muralla de las Bimini, la cual revela asombrosos conocimientos de ingeniería y arquitectura, como en el caso de las murallas ciclópeas de Machu Pichú y las pirámides de Egipto, que algunos han querido interpretar como guías o zonas de control para los viajeros del espacio, basándose en sus asombrosas coincidencias matemáticas. Lo cierto es que en la zona marina de que les hablo han estado naufragando desde los tiempos de los descubridores españoles[1] una enorme cantidad de buques, algunos de ellos cargados de oro. De otros se dice que han sido vistos luego a la deriva, con su tripulación de esqueletos a bordo. ¿Qué crédito nos han de merecer estas afirmaciones? Científicamente, ninguno, pero hemos de convenir en que tampoco les parecieron muy «científicas» a los sabios de la época las teorías de Galileo o Miguel Servet. Por lo tanto, vamos a decir del triángulo de las Bermudas que, por lo menos, es una zona que ofrece serias dudas y se presta a toda clase de reflexiones.

Newcombe se volvió. La atención se había concentrado ahora en sus ojos, que brillaban astutamente tras las gruesas gafas.

—Justamente en esa zona —siguió— trabajaron un grupo de

aventureros audaces que estaba formado por cuatro hombres: Miles, Banningan, Silvester y Malone. Yo les llegué a conocer a todos muy bien porque vinieron a pedirme orientación sobre las corrientes marinas de las Bermudas antes de aventurarse en ellas. ¿Misión? ¿No saben ustedes cuál era su misión? Bueno… lo que ha hecho soñar tantas veces a miles y miles de aventureros de todo el mundo: encontrar un viejo galeón español con sus bodegas aún cargadas de oro. Los cuatro aventureros podían convertirse en multimillonarios si tenían éxito, porque el purísimo oro español de la época, con el sello de control de Indias, se cotiza hoy a precios astronómicos. Pero aunque su misión no tuviera éxito, tampoco iban a perder dinero. Flanagan, el rico editor, les había financiado para que escribieran un libro explicando sus aventuras, libro que podía tener un buen éxito. Y ahora el teniente Haley les explicará el resto de lo que ha estado ocurriendo en esta extraña aventura.

Hizo una seña al policía. Éste pareció despertar de un extraño sueño, como si de pronto se recobrara, y se acercó a la mesa con pasos inseguros. Luego miró detenidamente a su auditorio y continuó:

—Muchos de ustedes habrán leído en los periódicos que, inexplicablemente, la misión de esos cuatro hombres tuvo éxito. Después de haber vivido las más extrañas aventuras, pues varias veces estuvieron a punto de ser devorados por los tiburones y dos de ellos quedaron apresados en un banco de coral, lograron dar con un viejo galeón español… ¡y ponerlo a flote! En ese galeón no había lo que ellos soñaban, pero sí algo muy aproximado. El oro que había en sus bodegas fue valorado en cien millones de dólares. Les correspondieron veinticinco a cada uno.

Un par de prostitutas de las que servían de confidentes a la policía lanzaron un silbido. Debieron pensar en lo que harían ellas si llegaba a caerles en las manos esa fortuna.

Haley continuó:

—Lo malo era que el galeón tenía un feo nombre. Se llamaba nada menos que El Maldito. Según los Archivos de Indias, habían aparecido serpientes en su interior, cosa inexplicable en un navío, y a consecuencia de las mordeduras reventó casi toda la tripulación. También su brújula se había alterado muchas veces, como si la moviera el diablo. Nunca un navío español se había encontrado con

tantas tempestades y luego con calmas tan terribles. Dos de sus capitanes se volvieron locos y acabaron disparando contra la tripulación. Uno se suicidó y el otro fue arrojado vivo a los tiburones. Tan negra era la fama de ese galeón que acabó no tripulándolo ningún marino honrado y hubo que reclutar sus marinos entre los condenados a presidio. No hace falta decir cómo eran el capitán y los oficiales. Basta con decir que, durante una temporada, el capitán fue uno de los verdugos de Alcatraz, que en aquel tiempo era una terrible prisión hispanomexicana.

Uno de los policías que asistían a la conferencia alzó la mano antes de preguntar:

—Por consiguiente, ¿hay que suponer que a esos cuatro hombres les alcanzó una especie de maldición que ya venía desde el fondo de los siglos?

—Yo no creo en las maldiciones de ayer —dijo Haley, pensativamente—, pero creo en los asesinatos de hoy, y lo cierto es que ahora se acaban de producir dos asesinatos inexplicables. Aunque es posible que eso no tenga una base diabólica, sino una base puramente material.

—¿Qué base material, teniente?

—Esos cuatro hombres estaban solteros —continuó Haley—. Es natural, puesto que de lo contrario no hubieran podido dedicarse a la vida de aventuras que llevaban. Por lo tanto, se nombraron herederos unos a los otros.

Una de las negras que golfeaban por la calle adelantó el cuello.

—Oiga, compadre —dijo—, ¿de modo que los dos que están vivos han heredado cincuenta millones de dólares?

—Prácticamente sí. Hay que descontar unos gastos, pero más o menos quedan unos cuarenta y nueve millones para los dos, de los cuales el Fisco se llevará un buen pico a la hora de cobrar los impuestos. En cambio la fortuna inicial, es decir, los cien millones, estaban libres de todo gravamen, pues los hallazgos en alta mar no pagan impuestos a ningún Estado.

La misma buscona exclamó:

—¡Pues ya lo tiene!

—¿Qué es lo que tengo, hermana?

—¡Los dos asesinos! ¡Son los herederos! ¡Son los que cobran!

—¿Silvester y Malone?

—¡Sí!

—Por descontado que ya he pensado en eso —dijo Haley—, pero la cosa no es tan sencilla. Como usted dice, ellos inauguran la lista de sospechosos, y todos sus movimientos en las horas en que se cometieron los asesinatos han sido comprobados escrupulosamente. Silvester no estaba en la fiesta y ofrece además una coartada absoluta: estaba en una Unidad de Vigilancia Intensiva de un hospital universitario porque acababa de sufrir un amago de infarto de miocardio. De allí no pudo moverse. En cuanto a Malone, también se halla fuera de toda sospecha. Estaba en la fiesta, por descontado, ya que Flanagan la ofrecía en honor de los cuatro triunfadores y sólo Silvester no había podido asistir por la razón que he dicho. Malone acudió con sus únicos familiares: su hermano, la mujer de éste y su sobrina de dieciocho años. En el momento en que murió Miles, él estaba partiendo uno de los monumentales pasteles del *buffet*. Docenas de cámaras le estaban filmando cuando se oyó el gritó aterrador de Miles al caer al abismo. Por lo tanto Malone tampoco puede ser el asesino. Esto es tan evidente que la policía ni siquiera lo ha sometido a discusión.

Y se apoyó en la mesa con gesto cansado. No parecía el mismo, daba la sensación de que docenas de años habían pasado como un soplo por encima de él. Mientras miraba a todos los presentes uno por uno, terminó:

—Ahora ya están en antecedentes de lo que ha ocurrido. Nos encontramos ante crímenes absolutamente inexplicables y en los que los dos principales sospechosos son inocentes con toda seguridad. Cualquiera diría que una maldición ha alcanzado a los cuatro hombres que un día decidieron hurgar en los misterios del pasado.

Uno de los policías que estaban en primera fila murmuró:

—Teniente, ¿puedo hablar?

—Claro. Hable.

—¿Dice en serio que debemos buscar sobre la base de una maldición? ¿O sea, sobre la base de que un ser extraterrestre haya podido producir esas víctimas?

—Yo lo digo todo en serio y no digo nada en serio —se defendió Haley.

—¿Cuál es nuestra misión, pues?

—Una sola —dijo el teniente—: observar. Todos los que están aquí son patrulleros, son confidentes de la policía, son auxiliares de una forma u otra, y todos son gente que está en la calle, en los bares y en toda clase de locales públicos. Se mueven desde los lujosos clubs de la Skyline hasta los tugurios de las travesías del Loop. Hablan con docenas de personas al día. Y como en este asunto vamos absolutamente a ciegas, me interesa en grado sumo cualquier pista, cualquier retazo de conversación que se refiera a esto. No lo olviden: hasta lo más increíble puede tener interés. Sobre todo quiero que se relacionen con pilotos de las líneas aéreas y con marinos que tengan algo que ver con el triángulo de las Bermudas. Por supuesto que Chicago no es puerto de mar, pero hay aquí muchísima gente que tiene relación con los barcos. Espero que les acompañe a todos la suerte.

E hizo una seña indicando que la conferencia había terminado. Su alta figura, su cuerpo que parecía endurecido por la lucha se inclinó un momento en un gesto de agotamiento. Todos le miraron con expresión de curiosidad.

Pero se rehízo enseguida. Hasta logró sonreír.

Los que habían asistido a la conferencia salieron popo a poco. Los agentes fueron hacia los coches patrulleros, los soplones se largaron hacia los clubs y los tugurios y las busconas se encaminaron hacia las esquinas. Haley sabía que pronto tendría informes, aunque esos informes no siempre le serían útiles. Pero no quedaba otro camino.

Caminó hacia la salida él también. Extrajo un paquete de tabaco de su gabán y entonces se le cayó un pequeño estuche de piel. Al llegar al suelo, se abrió y pudo verse que contenía dos fotografías.

Las dos eran de mujer. Las dos ofrecían a la vista unos rostros casi perfectos. Las dos tenían algo que no se podía explicar.

Haley recogió el pequeño estuche. Lo guardó. Guardó también el paquete de cigarrillos sin acordarse de sacar ni uno.

CAPÍTULO IV

UNA MANO EN LA SOMBRA

Silvester se ajustó bien el lazo de su corbata de luto, se miró al espejo y vio que las ojeras eran cada vez más profundas, deformando incluso su rostro. Desde que, cinco días antes, hubo de asistir al entierro de Miles y de Banningan —los dos en el mismo furgón funerario—, le parecía que había pasado una eternidad y que esa eternidad pesaba sobre su cuerpo. Se sentía viejo, cansado, hundido. Había momentos en que le parecía increíble que tuviera menos de treinta años.

Parecía increíble que en estos momentos dispusiera de una fortuna rayana en los cincuenta millones de dólares. Su parte de lo hallado en el galeón y su parte de los dos compañeros muertos, sumaban aquella cantidad que hubiera hecho palidecer hasta a un banquero de Wall Street. Pero a él no parecía causarle la menor alegría.

Había varias razones para ello, y una era la muerte de sus amigos por los que se había puesto corbata de luto. Otra era su salud. ¿De qué le sirven cincuenta millones de dólares a un hombre que en cualquier momento puede sufrir otro infarto de miocardio e irse de cabeza a la tumba?

El teléfono sonó en aquel momento. Le produjo un brusco sobresalto.

«Tendré que pedir que instalen un timbre que no suene tanto —pensó—. Este llega a aturdirme…».

Y descolgó.

Era Raffols, su médico.

Raffols tenía una voz dura, seca y metálica, que curiosamente no se sabía si era de hombre o de mujer.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Silvester? —preguntó.

—Perfectamente en el sentido físico, pero decaído en el sentido moral. Usted ya me entiende.

—Para los enfermos del corazón, lo físico y lo moral son una misma cosa —dijo el médico—. Usted se sometió a terribles esfuerzos cuando practicaba cada día el submarinismo y a consecuencia de ello tuvo un fallo cardíaco. No pasó nada, pero ahora debe tener cuidado, Silvester. Lo del otro día fue un serio aviso.

—No hace falta que me lo diga, doc.

—Tampoco quiero asustarle, por supuesto. Oh, nada de eso… Hay miles de personas en esta ciudad que han tenido infartos y siguen viviendo perfectamente, con la única condición de acordarse de que los han tenido. Haga usted lo mismo, Silvester: siga mis indicaciones al pie de la letra. Y ahora vamos con la rutina diaria: ¿ha tomado la pastilla?

—Sí, doctor.

—¿Ha dormido diez horas?

—Al menos lo he intentado.

—¿Le han dado el masaje que recomendé?

—El masajista acaba de irse.

—¿Qué ha comido para desayunar?

—Un poco de ensalada y pollo sin grasa.

—De acuerdo, pues ahora de su paseo a orillas del lago. Cuatro kilómetros en una hora, ¿de acuerdo? Sin pararse ni cansarse. Ah… Dentro de un par de días le enviaré una enfermera especializada que le cuidará. Así podré ahorrarme el tener que recitarle la lección todas las mañanas.

—Me parece bien, pero ¿qué edad tiene esa enfermera, doctor?

—Pasa de los cincuenta.

—¿Y un hombre como usted no ha encontrado nada mejor?

—Oiga, Silvester, usted es un enfermo, le guste o no. Todavía es un enfermo. ¿Qué quiere? ¿Que le envíe a una hawaiana para que le baile el hula, hula?

—Tanto como eso no, pero…

—Todas las enfermeras de menos de cincuenta años —dijo Raffols con una absoluta falta de equidad—, acaban liándose con alguien.

Y colgó.

Silvester bramó:

—Oiga, maldita sea… ¿Pero de qué me sirve entonces tener cincuenta millones de dólares?

Probablemente de nada. En aquel momento ni siquiera le estaban escuchando.

Se puso la americana, para disponerse a salir, y en aquel momento el teléfono volvió a sonar.

Era Pitt, su abogado. Porque Silvester, un aventurero que antes no tuvo donde caerse muerto, necesitaba ahora abogados y todo para administrar su fortuna.

Pitt susurró:

—Quería darle noticias acerca de la parte que le corresponde en la herencia de sus dos amigos. Ya recordará que dije que iba a telefonearle hoy. Bueno… He estado en la oficina liquidadora de impuestos y se van a llevar un buen mordisco, pero de todos modos creo que podremos llegar a un arreglo con el inspector. Supongo que los trámites durarán un par de semanas.

—No se preocupe, no tengo prisa —dijo Silvester desganadamente.

—Lo comprendo, pero de todos modos mi obligación es activarlo cuanto pueda.

«Para cobrar la factura», pensó Silvester.

—Ah… —Siguió Pitt—, no puede imaginarse la cantidad de Bancos que me llaman para ofrecerle préstamos a usted. Ya se sabe… El dinero va a buscar a los ricos. Yo les envío a paseo porque supongo que usted no necesita ningún préstamo, señor Silvester.

—Con veinticinco millones de los que no puedo gastar apenas nada, ¿qué voy a necesitar? ¿Sabe lo que he desayunado hoy?

—Mejor que no me lo diga.

—Pues sí que se lo digo: ensalada y pollo a la plancha sin una pizca de grasa. No puedo beber vino, no puedo probar una copa de coñac, no puedo mirar a una mujer, no puedo sumergirme en el agua… ¡Al cuerno! ¿Para qué quiero yo tantos millones? ¿Sabe qué es lo único que he podido permitirme, Pitt?

—¿Y yo qué sé? Con esas perspectivas… Bueno, quizá ha alquilado un banco en una iglesia.

—No crea… A lo mejor lo hago. Un banco en una iglesia donde

se esté bien tranquilo. En un sitio donde el demonio no pueda entrar…

—¿Por qué habla del demonio?

—Por nada, por nada… En fin, quizá porque el demonio estaba en el mascarón de proa del Maldito. Pero ¿qué estoy diciendo? Le hablaba de lo único que me he podido permitir. Bueno, pues ha sido un «Cadillac» automático para que no tenga que hacer ni el esfuerzo de cambiar las marchas. Yo que siempre había soñado en un «Porsche» bien ruidoso y con un cambio de palanca corta… Bueno, Pitt, no se preocupe por esa cuestión de la herencia. Prefiero que los trámites duren seis meses si hace falta, pero pagando menos impuestos. Y ahora adiós. No crea que voy a flirtear con una señora estupenda. Por consejo del médico voy a dar mi paseo cotidiano de cuatro kilómetros exactos en una horita justa. Delicioso, ¿verdad? ¡Pues al infierno!

Y colgó.

Estaba lívido de rabia. Jamás hubiera podido imaginar que el dinero, en sí una cosa tan deseable, pudiera tener tan poca utilidad. No le quedaba más remedio que recordar un viejo dicho español que había oído en todas las Antillas: «Que Dios te dé dinero…». Y la respuesta: «Pero que me dé, también, salud para disfrutarlo».

Ya a punto de salir, revisó la correspondencia. Había media docena de cartas, pero cinco de ellas eran de entidades bancarias. Ni las abrió. La única cuyo sobre rasgó era una insignificante y que no tenía remite.

Dentro había un pedazo de papel.

Era un pedazo de papel blanco.

Y pegado a él había un pedacito de madera.

Nada de especial.

Un insignificante pedacito de madera que ocupaba el espacio de una docena de mondadientes juntos.

Pero Silvester palideció. Lo tomó entre sus dedos y lo miró al trasluz, mientras su palidez se hacía aún más intensa. La experiencia que tenía como submarinista le permitía saber que aquel pedacito de madera pertenecía a una pieza mayor que había estado sumergida durante siglos. Y él casi hubiera podido jurar de qué clase era aquella pieza.

Fue a un archivador donde guardaba varias enormes fotografías

en colores. Una de ellas reproducía el mascarón de proa del Maldito.

Era el diablo.

Un diablo con los ojos todavía saltones, con la lengua fuera, con los cuernos enhiestos. Ni las tempestades ni los siglos bajo el mar habían conseguido dañarlo. Toda la estructura del buque estaba carcomida, pero el diablo no. El diablo estaba casi entero. Únicamente faltaba un pequeño, un insignificante pedacito de madera. Y ese pedacito de madera… ¡era el que estaba en sus manos ahora!

Los labios de Silvester temblaron un momento.

Y ahora sí que sintió el soplo del Más Allá.

Porque la perfecta fotografía que reproducía el mascarón de proa del Maldito lo había captado tal como salió del agua, tras limpiarle simplemente las adherencias. Por lo tanto, cuando salió del fondo del océano ya le faltaba aquel pedazo. Eso significaba que alguien HABÍA BAJADO AL FONDO PARA HACERSE CON ÉL.

¿Pero quién?

¿Miles, que estaba muerto?

¿Banningan, que había quedado helado en un frigorífico de la Morgue?

¿Él, que no podía dar ahora diez brazadas seguidas?

¿Malone, a quien la policía, por precaución, impedía moverse de su casa?

—¿Y quién puede encontrar en el fondo de las aguas un pedacito de madera poco mayor que unos mondadientes?

El pensamiento estremeció a Silvester.

SóLO EL DIABLO.

Silvester conocía, por otra parte, las viejas tradiciones y las viejas maldiciones de los lobos de mar: la maldición que acompaña a un barco se reparte con sus pedazos. La mancha negra que acompañaba al Maldito había entrado también en la vida de Silvester como antes entró en la vida de Miles y de Banningan. Y sobre todo en sus mentes.

Le faltaron las fuerzas para sostener aquel insignificante pedacito de madera.

Y lo dejó caer al suelo.

Tenía delante el espejo y se asustó del aspecto de sus ojeras, del

temblor de sus manos. Definitivamente se estaba transformando en un viejo. Por lo tanto decidió tratar de olvidarse de todo aquello y salir a pasear un rato, con la pretensión de que el aire limpio disiparía aquella condenada pesadilla.

El ascensor le condujo directamente al *parking* del lujoso edificio de apartamentos a que se había trasladado. Caminó hacia su «Cadillac» color caramelo, un coche demasiado presuntuoso, pero que el médico le había recomendado por ser, según él, el más cómodo de todos los que se fabricaban en el mundo. Se puso al volante y arrancó.

Silencio.

Una maravillosa calma en el interior.

La música cuadrafónica sonaba en los cuatro puntos cardinales del vehículo. El aire acondicionado era una maravilla. La ciudad rugía más allá de los cristales, más allá de los cromados, pero él no se daba ni cuenta. Él era el único dueño de un mundo confortable del que sólo disponen los elegidos. Pulsó un botón y la combinación musical cambió. Pulsó otro y se desprendió un cigarrillo ya encendido. Silvester lo puso en sus labios en tanto por un momento —un fugitivo momento—, se sentía feliz.

Y entonces vio a aquella persona.

Estaba al borde de la acera, cerca del lago. Le hacía señas para que se detuviese, y por supuesto que Silvester paró.

Conocía a aquella persona.

Los dos se sonrieron.

Una leve presión en un botoncito. La puerta derecha se abrió sin necesidad de que él se inclinara ni hiciera esfuerzo alguno.

La persona entró.

—¡Qué casualidad, Silvester!

—Eso digo yo: ¡qué casualidad!

—¿Me ha visto enseguida?

—Sí, claro… Además me estaba usted haciendo señas.

—Es que he reconocido su fabuloso «Cadillac».

—¿Fabuloso? ¡No diga tonterías!

—A mí me parece magnífico. En la oficina estábamos hablando el otro día de coches. Éste es el más caro que se fabrica aquí.

—A mi edad preferiría un «Porche» amarillo que tomase las curvas a ciento ochenta. Éste es un coche de presidente del consejo

de administración de un Banco. ¿Se da cuenta? Pero, en fin, me lo han recomendado como el que recomienda una medicina. ¡Una medicina de veinte mil dólares, con todos los extras incluidos! —rió —. Pero hablemos de cosas más divertidas. ¿Hacia dónde va usted?

—Al club Loomis.

—¡Oiga, eso es de lo más elegante de Chicago!

—Sí, pero no crea que voy a divertirme: voy a trabajar. Hay una serie de cosas que hacer allí.

—Entonces vamos juntos, si no le importa.

—No, claro que no me importa. Pero imagino que usted tendrá algo que hacer. A lo peor le estorbo.

Y la persona rió silenciosamente.

—Oh, no… ¿Sabe adónde voy? —dijo Silvester—. Pues a cualquier sitio de la orilla del lago que me guste, y una vez allí dejaré el coche y caminaré cuatro kilómetros exactos por consejo del médico. El club Loomis está a la orilla del lago, de modo que me viene de perilla.

—¿Y por qué no pasea por el centro de Chicago?

—Porque hace falta un ritmo normal de marcha, y ese ritmo normal de marcha sería interrumpido por los semáforos. Además está la contaminación.

—Ah, ya.

—La contaminación, eterno problema… Pero de todos modos hace un magnífico día, ¿eh?

—Demasiado sol.

Y la persona se puso en silencio unas gafas negras.

—¿Qué pasa? —preguntó Silvester—. ¿El sol le molesta?

—Sí.

—Nunca lo hubiera sospechado. Una persona como usted…

—¿Por qué una persona como yo?

La voz era silbante, quieta.

—Porque tiene una magnífica vista —dijo Silvester—. Lo ha demostrado.

—Eso era antes.

—¿Qué quiere decir?

—La estoy perdiendo.

—Nunca lo hubiera imaginado —dijo Silvester, un tanto confuso —. Espere, bajaré el proyector. Es cierto que hace demasiado sol

esta mañana, es cierto…

La voz dijo:

—No se moleste, ya llevo las gafas.

—Sí, claro. Por cierto… Oiga…

—¿Qué?

—Su voz cambia conforme habla.

—¿En qué sentido?

—Je, je… No me haga caso.

—Por favor, dígalo… No es ninguna ofensa.

—Bueno, es que… Por ejemplo, ahora su voz es metálica. También tiene gracia, ¿eh? Absolutamente metálica.

La persona dijo quietamente:

—Es la voz que tengo.

—Pero ¿qué dice? Je, je… Es curioso lo que me está contando ahora. Que su voz cambia… Pero ¿por qué? Hace un momento la tenía absolutamente normal. Aunque es verdad que ha cambiado. Sí, señor, es normal. Ahora podría decirse que es metálica, absolutamente metálica, como si surgiera de un tubo. Resulta extraña la facultad que tienen algunas personas para cambiar su voz.

Y aminoró la velocidad mientras rodaba a orillas del lago, donde se alinean algunos de los clubs privados más lujosos del mundo. El automático del coche redujo una marcha. El canal musical enviaba ahora una melodía muy suave, casi inaudible.

La persona tenía clavadas en él sus gafas negras.

—¿Ha recibido una carta? —preguntó.

—¿Qué? ¿Una carta? Sí, he recibido varias. Especialmente de Bancos. Bueno, pero ¿a qué se refiere en concreto?

—A una que tenía un pedacito de madera, una pequeñísima porción del mascarón de proa del Maldito.

Silvester se estremeció.

Sus ojos, de repente, dejaron de ver los rascacielos de la Skyline que se alzaban al fondo, dejaron de ver la orilla
gris-azul
del lago. Sintió un agudo dolor en el pecho y el brazo izquierdo, mientras sus dedos se aferraban con fuerza al volante.

—Dios mío… —balbució.

Pero el miedo le obligó a rehacerse. El miedo y la desesperación

son las dos cosas que más fuerza dan en este mundo. Volvió la cabeza y balbució:

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la carta la he enviado yo.

—¿Y por qué la ha… la ha enviado usted? ¿Qué sentido tiene?

—Nada… Ningún sentido, desde luego. Sólo que aquel pedacito de madera corresponde a un mascarón de proa que es la representación del diablo.

A Silvester le pareció que aquellas gafas negras que estaban tan cerca de él llenaban el universo entero. ¿Pero por qué tenía miedo? ¿Es que a él le podía pasar algo dentro de un coche de lujo y en una de las ciudades más pobladas del mundo? ¿Es que aquella persona podía causarle algún daño? ¿A él, concretamente a él?…

Intentó reír.

Bueno, todo aquello era absurdo.

—Es una bonita broma —dijo mientras giraba a la derecha—. Sí, señor, es una bonita broma… ¿Es que cree usted en el satanismo? ¿Qué importancia le da al diablo?

—Estamos llegando —dijo la voz—. Por favor, aparque. Me apearé.

La playa de estacionamiento era inmensa y se extendía ante la superficie azul, donde estaban anclados varios yates de lujo. Con ellos, los millonarios de Chicago podían navegar a través de los Grandes Lagos y salir al Atlántico a través del río San Lorenzo. Había también pistas de aterrizaje para avionetas privadas, canchas de tenis, un perfecto campo de golf…

Silvester sintió alivio.

Sí, era mejor que aquella persona se apeara. De pronto le pareció que acababa de librarse de una extraña pesadilla.

Pulsó el botón para abrir la puerta derecha.

Y de pronto el cuchillo se le clavó con suavidad, casi con dulzura, hasta el fondo del corazón. En el fondo de las gafas negras pareció brillar una chispita roja.

La sangre resbaló. Unas gotas fueron hasta el lujoso salpicadero. Los ojos de Silvester se desorbitaron.

Porque, incluso en el momento de morir, no pudo creerlo. Le pareció que seguía siendo un sueño. Que aquello no era la muerte.

Igual se lo había parecido a Miles cuando cayó desde un piso

treinta.

Y a Banningan cuando fue introducido en el fondo de un cajón metálico a veinte grados bajo cero.

Apenas pudo exhalar un gemido.

Asesinar a una persona confiada es, a veces, tan fácil, que causa una especie de rubor.

La persona sacó el estilete y lo volvió a clavar otra vez. Luego lo retiró con un suave movimiento, lo limpió para que no salpicara y lo guardó. Como la portezuela estaba abierta, salió del lujoso «Cadillac».

Entre las docenas de coches situados en el estacionamiento, nadie vio a aquella persona. Fue rápidamente a la orilla del lago.

Arrojó el estilete al agua, y como el mango era de plomo el arma se hundió rápidamente. Luego la persona volvió sobre sus pasos.

Nadie reparó en su figura. A lo lejos, un par de socios jugaban al tenis. El vigilante de la playa de estacionamiento se dispuso a dar una vuelta de rutina por entre los coches, pero aún estaba a gran distancia.

Más allá de las aguas se oyó el rugido de un trueno. Al norte, en el Canadá, se había desatado una tormenta. Las nubes cubrieron el sol.

Con un gesto de alivio, la persona que había matado a Silvester se quitó las gafas negras.

CAPÍTULO V

MÁXIMA SEGURIDAD, MÁXIMO CONTROL

El teniente Haley penetró en el despacho de la Brigada y se derrumbó sobre uno de los sillones rotatorios. Daba la sensación de no haber dormido en toda la noche. Paseó sus ojos enrojecidos por aquel ambiente ultramoderno que no le gustaba (a él le gustaba un ambiente de club inglés) y los clavó al fin en las cuatro fotografías que alguien había instalado junto a una especie de *planning* que ocupaba media pared. De las cuatro fotografías, tres tenían una señal en negro. La última estaba intacta.

Haley leyó los nombres con voz opaca:

Miles.

Banningan.

Silvester.

Sólo quedaba Malone. Él era el único cuya fotografía no tenía ninguna señal. El único que aún palpitaba sobre la tierra.

Gordon vino arrastrando los pies.

—Lo encontraron anoche —dijo.

—¿A Silvester?

—Sí.

—¿Y cómo tardaron tanto?

—El vigilante del aparcamiento no podía verle —explicó Gordon —. El cuerpo estaba caído sobre el diván delantero y no se le distinguía desde ninguna parte. Daba la sensación de que el «Cadillac» estaba vacío. Pero cuando todos los socios se largaron y aquel coche quedó casi solo, el vigilante se acercó. Fue entonces cuando descubrió a Silvester.

Puso sobre la mesa unos cuantos papeles, unas cuantas fotos. Datos de la autopsia, instantáneas obtenidas *post mortem*, informe

oficial del forense, actas de identificación. Todo el frío papeleo legal con el que se cerraba la existencia de un hombre, toda una muralla de escritos que separaba la vida de la muerte.

Haley dirigió a aquello apenas una ojeada.

—¿Qué le pasa, teniente? —preguntó Gordon.

—Nada. Estoy cansado.

—¿Ha pasado la noche en su casa?

—Sí.

—Pues yo le he telefoneado dos veces y no estaba —dijo incisivamente Gordon. Haley no se ofendió por aquella aparente indiscreción. ¿Qué más daba?

—Bueno… —dijo—, quizá no estuve allí la noche entera. Es posible que no. Pero supongo que contestaría mi mujer.

—No. Su mujer tampoco estaba.

Los labios de Haley temblaron un momento. Sus cuadrados hombros sufrieron una leve crispación.

—¿No estaba durante la noche? —musitó—. ¿A qué horas?

—Las tres de la madrugada, las cuatro…

Haley volvió un poco la cabeza.

Había palidecido, pero no dijo una palabra. La luz del sol le dio en el rostro. Era casi insólito que penetrara el sol allí, en aquel antro donde a todos parecía gustarles trabajar cuando empezaban las tinieblas.

Gordon musitó:

—¿Van a separarse?

—No lo sé.

—Pero piensa que, al menos, ella debiera guardar las apariencias, ¿verdad?

—Lo que yo piense es indiferente.

—¿Qué pasa? ¿Ha estado vagando toda la noche por ahí?

—Tal vez.

—Otra cosa, teniente.

—¿Qué?

—Su mujer no estuvo tampoco durante el día.

El rostro de Haley permaneció impasible, indiferente: Tan sólo dijo:

—Ah…

Y miró los informes por primera vez. Allí estaban todos los

datos, todos los requisitos, pero faltaba lo fundamental. Con voz impersonal preguntó:

—¿El arma del crimen?

—No ha sido hallada aún, teniente.

—¿Bucean en el lago?

—Sí. Están allí trabajando dos hombres. Por lo que ha dicho el forense, se trata de un estilete, y si está en el lago debe aparecer.

—¿Alguien vio a la persona que acompañaba a Silvester?

—No, nadie.

—¿Y el vigilante del *parking*?

—Estaba lejos.

—¿Pudo el asesino esperar en la plaza de estacionamiento?

—No —musitó Gordon—, porque eso equivaldría a admitir que adivinó el sitio en que aparcaría Silvester, cosa imposible. Por otra parte, entonces sí que es seguro que el vigilante le hubiese visto, incluso le habría parecido un merodeador sospechoso.

Haley se puso un cigarrillo en los labios pero olvidó encenderlo. Había instantes en que parecía como si su pensamiento estuviera a mil millas de allí. Giró la cabeza mientras musitaba:

—Entonces hemos de admitir que tomó el coche con Silvester. ¿Ha preguntado en el *parking* del edificio donde él vivía?

—Por supuesto que lo he hecho. Y salió solo; eso es seguro.

—Entonces se encontró con su asesino en algún sitio. ¿Tenía Silvester alguna agenda donde anotara sus citas?

—Sí, pero no había ninguna para ese día. Era millonario y no tenía que trabajar. Además el médico, debido a su dolencia, le había recomendado que hiciese sólo las cosas que le gustaban. En ese plan yo también me volvía cardíaco…

—Con la condición de tener varios millones, Gordon.

—Es cierto. En fin… Queda, al parecer, una cosa clara, y es que Silvester recogió a su asesino en la calle, haciéndolo subir al coche. Supongo, por tanto, que lo conocía. Ésa es la única cosa clara que tenemos para empezar.

Haley bisbiseó:

—Malone.

—Malone tiene prácticamente en el bolsillo, con esa muerte, cien millones de dólares —susurró Gordon—, pero no pudo cometer el crimen. He estado comprobando sus movimientos minutos a

minuto, y si hubiese querido montar una coartada perfecta no la hubiera podido conseguir mejor. Dio una fiesta en su casa, en su nueva casa, quiero decir. No salió ni un momento y tuvo invitados todo el día.

—Los jefes de la Mafia también inventan esa clase de coartadas —susurró Haley—. Cuando quieren cometer un crimen, dan una fiesta entre amigos que luego declararán que jamás le han visto moverse de allí.

—Por supuesto que hemos comprobado también eso —dijo pacientemente Gordon—. No todos los invitados eran amigos. El que estuvo jugando al ajedrez con Malone durante las horas en que se cometía el crimen era nada menos que el fiscal del distrito. ¿Le parece digno de confianza?

Haley se derrumbó. Cada vez que se enfrentaba a algo que parecía sobrenatural, a algo que no tenía explicación alguna, notaba que un vacío se producía en él. Haley creía en las evidencias, creía en la verdad, creía en la lógica. Y aquello no tenía evidencia, ni lógica, ni siquiera verdad.

—Entonces ese crimen lo ha cometido el diablo —balbució.

—¿Como los otros?

—Sí. Como los otros dos.

Y contempló la foto de Malone que tenía colocada delante de él junto a aquel enorme *planning*. Malone era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y atlético, bronceado por el sol. El típico aventurero que se ha pasado la vida en las playas del Caribe, buscando tesoros sumergidos cuando estaba en el mar y buscando curvas de chica joven cuando estaba en tierra. Un fulano envidiable en muchos aspectos, porque pocos son los hombres de cuarenta años que parecen tener sólo veinticinco. Y menos son aún los hombres de cuarenta años que tienen cien millones de dólares.

Haley hizo crujir sus nudillos.

—Entonces hemos de deducir dos cosas absolutamente ciertas —musitó.

—¿Cuáles?

—Primera, que Malone es inocente. Segunda, que por lo tanto también morirá.

Gordon se estremeció. Aquella voz fría e impersonal le había llegado a penetrar como un cuchillo.

—¿Qué podemos hacer? —musitó.

—Ante todo, saber dónde vive.

Una fotografía cayó sobre la mesa de Haley. La fotografía representaba la casa de campo, pero perfectamente urbanizada, que todo americano de la clase media ansia poseer, aunque sólo llegan a tenerla unos cuando privilegiados de la fortuna. Una gran extensión de césped, una piscina, un edificio blanco y que recordaba las villas de la dorada California. Garaje para tres coches, cancha de tenis, un camino particular para llegar a la finca desde la carretera general que llevaba a Cleveland.

Gordon dijo suavemente:

—Ocho millones de dólares, comprando también los terrenos circundantes. Así, nadie podrá quitarle a Malone su magnífica vista, y si un día decide vender, esos terrenos habrán subido fabulosamente. Es una zona de gran porvenir. Malone podrá ser un aventurero, pero no está exento de vista para los negocios.

—De donde se deduce —susurró Haley—, que una inmersión submarina en el Caribe puede llevar muy lejos.

—Cierto. Y ahora su fortuna se ha multiplicado por cuatro, teniente.

Haley encendió al fin el cigarrillo. Con su ojo crítico, ya se había dado perfecta cuenta de las posibilidades de defender y de vigilar aquella casa. Incluso hubiera sido capaz de precisar al milímetro, valiéndose de aquella simple foto, los puntos en que debían ser situados los pozos de observación, las máquinas tomavistas, los micros camuflados. Podía desafiar al mismísimo diablo a que se acercase a aquella casa sin ser visto.

Sí. Al mismísimo diablo…

—La familia —preguntó.

Gordon, que ya estaba acostumbrado a trabajar con él y sabía lo que le iba a pedir, le puso delante otra serie de fotografías. Esas fotografías eran cinco.

Ante todo la de un negro de unos cincuenta años. Aspecto respetuoso, pulcro. Educado. El perfecto mayordomo de novela de Agatha Christie si Agatha hubiera situado sus relatos en tierras donde los negros son casi mayoría.

—Evans, el mayordomo —explicó Gordon—. Ahora que Malone es millonario, no se quiere privar de ese lujo. Por otra parte, una

casa de tal categoría necesita servicio.

—Pero él no podrá atenderlo todo, imagino yo —dijo Gordon.

—No, por supuesto que no. Para la limpieza de la casa y atenciones de la cocina, se alquila personal eventual. Estos días han estado haciendo pruebas con diversos aspirantes. Ahora parece que Malone se va a poner de acuerdo con una agencia de colocaciones para que le envíe personal fijo.

—¿Qué agencia?

—La Milland.

—Hay que ponerse de acuerdo con ellos —decidió rápidamente Haley—. El personal que enviaremos para esos servicios auxiliares estará formado por policías.

—De acuerdo —murmuró Gordon—, eso nos dará unas posibilidades de acción que parecen llovidas del cielo.

Y depositó otra fotografía.

Una mujer muy hermosa.

Sobre los veinticinco años.

Morena. Altiva. De figura sólida y tensa. Tenía esa belleza especial, esa pujanza, esa vibración que sólo tienen ciertas mujeres del Caribe en las que palpita la vieja sangre de África.

—Lorna, su prometida —dijo—. Van a casarse ahora. La ha instalado en su casa porque prácticamente solo faltan un par de días para la boda. Es cubana y fue hace poco campeona de los cien metros lisos. Espléndida mujer, ¿eh? Y decente. No hace vida marital con él ni Malone lo ha pretendido.

—Sí —dijo Haley con la mirada perdida—, espléndida mujer. ¿Quién más?

Otra foto. Ésta correspondía a un hombre de unos cincuenta, algo gordito, un poco calvo, con el aspecto de un próspero y tranquilo tendero de Kansas.

—El hermano mayor de Malone —informó Gordon—. Se llama Fred. Es el hombre sensato, ahorrador, inteligente a su manera. Tiene un negocio en Louisville, y siempre había considerado al buceador como una especie de bala perdida, un tipo sin futuro y sin nada. Aún no puede creer que esa clase de aventurero cazador de tiburones haya conseguido una fortuna tan fabulosa. De momento está con él en plan de invitado, porque Malone tiene fe en él y quiere que le aconseje en los asuntos de dinero. He pedido ya

antecedentes suyos: son irreprochables.

Haley hizo un gesto de asentimiento.

Otra foto cayó sobre la mesa. La cuarta.

Ésta representaba a una muchacha de unos dieciocho años. Era muy bonita, muy esbelta, muy flexible. Vestía con esa elegante desenvoltura de las universitarias de buena casa. Reía ante la cámara con un envidiable optimismo.

—Sonia, una sobrina —presentó Gordon.

—¿Hija de Fred?

—No. Es hija de otra hermana que murió hace años. Se ha educado hasta ahora en Nueva York; sus dos tíos pagaban las facturas en parte, y el resto lo ganaba ella haciendo algunos trabajos, como por ejemplo, traducciones. Habla el alemán bien.

—¿Qué hace en la casa?

—Bueno… Es natural que esté, ¿no? Se ha invitado ella misma para felicitar a su tío. Pasa unos días de descanso con él. Malone se ha ofrecido a enseñarla a bucear, y ella parece que le enseña a tirar con arco.

—¿Tirar con arco…?

—Sí. Ha sido campeona universitaria. Una de esas chicas alegres y deportivas que hay ahora, ya sabe. Pero bastante retraída con los chicos. He pedido que investigaran en Nueva York y parece que no ha tenido aventuras ni se le conocen líos. Me parece que está por encima de toda sospecha.

—Hasta ahora todos lo están —susurró Haley pensativamente—. ¿Qué aficiones tiene, aparte el tiro con arco?

—Cose. Diseña modelos. Parece que una vez se gastó todo lo que tenía para ir a París y ver unas colecciones de modas.

—Es una afición cara —gruñó Haley—, pero si su tío le enseña las técnicas de la inmersión tal vez pueda descubrir otro galeón hundido. ¿Quién más vive allí?

La última foto cayó sobre la mesa.

—Silverton, un amigo —presentó Gordon mientras señalaba a aquel hombre de unos cuarenta años, gordo, que usaba unas gafas negras parecidas a un antifaz—. Parece que ha asesorado a Malone en algunas de sus empresas.

—¿No se ha podido conseguir una foto sin gafas? No se ve la cara que tiene.

—No, no la he podido conseguir aún, pero la buscaré —prometió el sargento.

—¿En qué cosas ha asesorado a Malone?

—En aparatos de óptica para la inmersión. Silverton es un especialista en eso. Ya sabe que los submarinistas necesitan a veces linternas especiales o lentes muy protegidos para sus cámaras fotográficas. Silverton estudió en Leipzig, con los alemanes orientales, y sabe de óptica todo lo que hay que saber. Podría ganar mucho dinero, supongo, si se estableciese en un buen sitio, pero prefiere inventar aparatos nuevos y vivir un poco a salto de mata. Si hay una aventura en Miami, se va a Miami; si hay una aventura en Venezuela, se va a Venezuela.

Haley dejó sobre la mesa los restos de su cigarrillo. Ahora ya sabía exactamente qué personas estaban viviendo con Malone, el último de los hombres que tenían que morir Volvió a situar ante sus ojos la fotografía de la casa.

—Dos puestos de observación van a ser situados aquí y aquí —dijo—. Uno de ellos en este parador que está enfrente del camino particular de la finca; situaremos a dos de nuestros hombres como guardacoches y veremos a todos los que entran y salen. El otro estará entre esos grandes árboles; un par de nuestros agentes son expertos en camuflajes, de modo que se pueden repartir los turnos.

Fue señalando otros sectores sobre los que convenía vigilar. Aquí y aquí unas cámaras ocultas. Aquí y aquí unos micros que puedan captar las pisadas y las conversaciones exteriores. Aquí y aquí unos focos muy bien camuflados para que puedan encenderse si conviene iluminar el jardín por sorpresa.

Resuelto lo del exterior, concentró su atención en el interior de la casa. Estaba decidido a obtener la máxima seguridad, el máximo control. Aunque no disponía de un plano, la fotografía a gran tamaño le permitía hacerse una idea de todas las dependencias.

—Hoy mismo vamos a provocar desde fuera una avería en la instalación eléctrica —decidió—. Malone llamará a la Compañía y ésta nos pasará el aviso; tres hombres llegarán poco después y, con el pretexto de reparar la avería, harán un estudio detalladísimo de todas las instalaciones de la casa: sitios seguros, sitios que no lo son, estado de las ventanas y de las cerraduras, etcétera. Al mismo tiempo colocarán micros camuflados que nos permitirán oír todo lo

que ocurre allí dentro. Mañana mismo, además, me interesa que al menos dos agentes nuestros estén trabajando como domésticos ya dentro de la casa.

El sargento asintió en silencio.

El plan de Haley era coherente y eficaz. Al fin y al cabo, el teniente se había especializado mucho en protecciones. Había una sola cosa absolutamente segura, y era que allí no podría entrar nadie para matar a Malone.

Pero de todos modos gruñó:

—No podemos impedir que él salga. Y entonces, ¿qué?

—Le seguiremos a todas partes —decidió Haley—. No se irá ni siquiera con una mujer contratada en el Loop sin que uno de nuestros agentes esté debajo de la cama.

Y salió del despacho. Por primera vez en mucho tiempo se sentía tranquilo en cuanto a la suerte del hombre al que tenía que proteger. Éste no correría ningún peligro a menos que lo asesinara el propio diablo.

¿El diablo?…

CAPÍTULO VI

EL AVISO

Andrews, el distinguido abogado con bufete en Chicago y en Washington, se caló bien las gafas y releyó la copia del contrato a que habían llegado los cuatro amigos antes de iniciar su aventura en el fondo del mar. Luego paseó la mirada de sus ojos cansados por aquella habitación lujosa, por aquella villa de multimillonario que ni él mismo podía poseer, pese a lo mucho que ganaba. Luego miró a Malone y se dio cuenta de que aquel hombre, sin embargo, estaba destrozado por dentro. Jamás había visto a un individuo tan abatido, y jamás tampoco volvería a ver a un tipo tan triste pese a anunciarle que era dueño de cien millones de dólares.

—Este contrato —dijo el abogado—, tiene el valor legal de un testamento. Por él, todos los firmantes se comprometen a ceder su parte a los supervivientes en el caso de que les sobreviniera la muerte durante su aventura o después de ella, siempre y cuando entre el hallazgo del galeón y la muerte no pasara más de un año. Como las… ¡ejem!… defunciones de sus compañeros, se han producido antes de ese plazo, es usted ahora el legítimo propietario de las partes de todos. Por descontado que harán falta una serie de trámites legales de los que me encargaré con mucho gusto, pero ya le anticipo mi opinión: todo ese dinero va a ser suyo.

Malone ni se inmutó.

Parecía completamente absorto. Parecía tener una visión de pesadilla clavada entre ceja y ceja.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor Malone? —susurró Andrews—. ¿Por qué hicieron ustedes esta especie de contrato-testamento? ¿Qué les impulsó a ello?

—Era muy natural —dijo Malone con voz opaca—. La aventura

resultaba muy arriesgada por los tiburones, las corrientes marinas, la profundidad a que trabajaríamos y cien causas más que todo escafandrista debe tener en cuenta. Puesto que la empresa era de todos y todos nos exponíamos a lo mismo, nos pareció lógico constituir una especie de sociedad. Si alguien reventaba durante la aventura, los beneficios revertirían a los compañeros que estaban pasando por los mismos malos tragos.

—Perfecto, me parece perfecto… Y hasta muy humano, sí, señor. ¿Pero por qué después? ¿Por qué ese plazo de un año?

—También es natural —dijo Malone pensativamente—. Todo escafandrista sabe que puede morir si sale del agua en malas condiciones, pero aunque no muera puede sufrir lesiones graves que determinen su trágico fin, pasado un cierto tiempo. El corazón, los pulmones… En fin, ya sabe usted. Por eso fijamos el plazo de un año. Si alguien moría en ese tiempo, sería como si hubiese muerto durante la aventura y dejaría el beneficio a todos los demás.

—Pero entonces no podrían ni imaginar ustedes esos asesinatos… —sugirió el abogado.

—¿Cómo íbamos a imaginarlos? —preguntó Malone con una mueca—. Caso de poder barruntarlo siquiera hubiésemos añadido una cláusula que dijera más o menos así: «La sucesión a favor de los otros no se producirá en caso de muerte por homicidio». Pero no nos pasó ni por la imaginación.

—Lo cual significaba que ninguna clase de muerte está excluida —susurró el abogado—, y eso le convierte a usted en el dueño de cien millones de dólares. No sé si felicitarle, señor Malone. Con franqueza, no sé qué debo hacer.

—No me felicite, señor Andrews. Váyase.

Aquel abogado que sólo trataba con millonarios pareció ofendido por aquellas palabras que al fin y al cabo procedían de un ex «don nadie», de un aventurero a quien meses antes él no hubiese recibido siquiera en su despacho. Pero se aguantó porque ya estaba metido en el asunto. Se puso en pie y dijo:

—A partir del momento de la muerte de su último compañero, es usted el dueño legal de toda la fortuna, aunque no pueda disponer de ella hasta el final de unos ciertos trámites. Cuando tenga alguna duda venga a verme, señor Malone, pero mientras tanto me iré ocupando de todo, en especial de la parte de

impuestos, que va a ser peliaguda. Buenos días.

Iba ya a salir. De pronto Malone dijo con una voz ronca, que no parecía haber surgido de una garganta humana:

—¿Quién?…

El abogado se volvió para mirarle con sorpresa.

—¿Quién qué?… —musitó—. ¿Qué es lo que pregunta exactamente, señor Malone?

—¿Quién ha matado a esos hombres?

—Dios santo… ¿y yo qué sé? Supongo que la policía está investigando eso. Ni usted ni yo podemos averiguarlo.

—Pero es que no tiene lógica, señor Andrews… No tiene ninguna lógica. El único beneficiado por los crímenes soy yo, y sin embargo, yo no los he cometido. Tengo unas coartadas perfectas, absolutamente indestructibles. Yo no he matado a nadie. Pues entonces, si sólo a mí me benefician esas muertes y yo no las he causado, ¿quién ha sido? Son muertes absolutamente inexplicables y que me parece que no obedecen a ningún tipo económico, señor Andrews. El motivo que tiene ha de ser otro.

—¿Cuál?

—Una maldición.

El abogado se estremeció. Acostumbrado a que el Derecho fuese una cosa lógica, un sistema de reglas razonables, todo aquel mundo en el que Malone se movía le parecía absurdo. Mientras hacía un gesto incrédulo, musitó:

—¿Pero una maldición de quién, amigo mío?

—¿Y yo qué sé? Puede ser de seres del otro mundo, puede ser del propio diablo, que es mitad de otro mundo y mitad de éste. Pero lo cierto es que mis amigos y yo nos metimos en un universo en el que jamás nos debimos meter.

Estaba abatido, destrozado. El abogado se dio cuenta de que Malone era sincero, y aquel multimillonario que lo tenía todo le inspiró, sin embargo, una profunda pena. La voz ronca siguió llegando hasta él como si todavía no surgiera de una garganta humana.

—Es un universo que no perdona —dijo Malone, sombríamente —. ¡Si lo sabré yo!… Me he pasado hurgando en sus aguas casi toda mi vida, y a lo largo de ella he visto cosas tan inexplicables que jamás nadie las comprenderá. Barcos que eran tragados de pronto

por el agua y cuyos restos no volvían a aparecer jamás, cuando todo el mundo sabe que el mar siempre devuelve a sus víctimas. Aviones pilotados por hombres expertos y que sin embargo perdían absurdamente el rumbo. Capitanes que estaban en sus puestos de mando y a los que un minuto después no se volvía a ver… El hecho de que todos esos galeones españoles se hundieran precisamente allí indica que el misterio existe desde hace siglos. Y nosotros quisimos meternos en su entraña, quisimos… ¡Bueno, más vale no pensarlo!

Estaba sinceramente aterrado, sinceramente hundido en un mundo de tinieblas del que no sabía cómo iba a poder salir. Tanto que el abogado se creyó obligado a decir con voz suave:

—Pero, óigame… Chicago está muy lejos del Caribe.

—Poco importa. La maldición llega a todas partes.

—¿Pero qué maldición?

—No lo sé. No puede saberlo nadie.

—Le sugiero una cosa —dijo Andrews—. Puesto que usted tiene dinero de sobra, lárguese de aquí. Ojalá yo mismo pudiera hacerlo. Tome un barco en Nueva York y váyase a dar la vuelta al mundo mientras yo me ocupo de los trámites.

Por un momento, Malone pareció acariciar aquella idea, que le libraría de sus pesadillas, pero al final se hundió de hombros mientras susurraba:

—Es inútil, ya no tendré tiempo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque el diablo ha matado ya a tres hombres. Ahora me tiene a mí. Presiento que va a hacer conmigo una «obra de arte».

Su voz era tan estremecida, tan angustiada, que Andrews tuvo otra vez aquella sensación de malestar profundo, como si, efectivamente, se encontrara ante un hecho del Más Allá. Mientras avanzaba un paso hacia la puerta, dijo:

—Me temo que usted no necesita un abogado solamente, señor Malone. Vaya a ver a un psiquiatra.

Y salió.

Malone paseó su mirada por la estancia al quedar solo. Todo aquel lujo que le rodeaba, aquella certeza de tener resuelto el porvenir, le hubiera vuelto loco de contento sólo dos meses antes; sin embargo, ahora todo carecía de sentido para él. Y, además, no podía negar que tenía miedo, un miedo que le llegaba a las

entrañas.

Fue al mueble bar.

Necesitaba un trago.

Y en el momento de ir a servírselo, lo vio. Era un objeto insignificante, era algo que no hubiese llamado la atención de nadie, pero que a él le hizo lanzar un gemido de horror.

—¡Lorna! —gritó—. ¡Lorna!

Su prometida entró. Aquella afrocubana de diabólica belleza, aquella maravilla de mujer, se movía por las habitaciones con el sigilo y la elegancia de una pantera. Segundos después ya la tenía allí. Contempló, sorprendida, a Malone.

—¿Qué te pasa?

—Esto.

Mostró lo que había encontrado en el interior del mueble bar. Era un sujetador de corbata, una pieza de oro con una piedra de jade incrustada en su centro. La piedra representaba algo así como una cabeza de búfalo, pero estaba muy desgastada por los largos años de permanencia bajo el agua.

—¿Lo reconoces, Lorna?

—Me parece que lo había visto alguna vez… Sí, estoy segura de haberlo visto, pero no puedo recordar dónde.

—Claro que lo puedes recordar, Lorna. Es el sujetador de corbata que llevaba siempre Silvester. Lo conozco muy bien porque esa piedra la encontramos dentro de un pequeño cofre en el fondo del mar. A él le gustó y encargó a un joyero que la incrustase aquí. Reconocería este sujetador entre un millón.

Lorna había palidecido, pero, sin embargo, dijo, con voz perfectamente natural:

—Silvester se lo debió dejar aquí.

—No, Lorna, no es posible.

—¿Por qué no?

—Lo llevaba siempre.

—Algún día se lo quitaría, ¿no? Por ejemplo, cuando no llevaba corbata.

—La llevaba la mañana en que murió.

La voz de Malone era lejana, espesa. No parecía suya.

—¿Cómo sabes que la llevaba? —musitó Lorna.

—Estoy recordando un detalle que hasta ahora no me ha

llamado la atención, un detalle que figura en los atestados que la policía me dejó leer después del crimen. Fue la declaración del empleado del *parking* del bloque de apartamentos en que vivía Silvester. Dice que lo vio salir solo y dirigirse a su «Cadillac» recién comprado. Y que le habló de lo bonito que era ese sujetador de corbata.

Lorna balbució:

—Entonces… ¿lo llevaba esa mañana?

—Sí. Es seguro.

—Bueno, quizá la policía te lo ha dejado aquí como recuerdo.

—La policía no ha entrado en esta casa.

Lorna se mordió el labio inferior. Casi se hizo sangre en él a causa de la violencia del gesto.

Parecía no saber qué decir.

Malone dijo con la misma voz lejana:

—Hay otro detalle que ahora recuerdo a la perfección: a mí me hicieron identificar el cuerpo de Silvester… ¡y entonces no llevaba esa pieza!

—¿Quieres decir —musitó Lorna— que el asesino… que el asesino se la quitó?

—Sí.

—¿Y que luego… la dejó aquí?

—Sí.

Las voces eran apenas un murmullo.

Parecían un extraño rezo en un extraño funeral.

Lorna bisbiseó:

—No es posible, querido… Tú sabes que no es posible.

—¿Por qué no?

—Porque eso significaría que el asesino ha entrado aquí.

Malone dijo sin mirarla:

—El diablo entra en todas partes.

Y añadió, mientras su boca se torcía, mientras su mirada parecía hundirse en un abismo sin fondo:

—Esto es solamente un aviso. El último aviso antes de morir…

CAPÍTULO VII

LA MANO DEL MÁS ALLÁ

La flecha salió disparada del arco tremolante. Su fuerza era la de una auténtica bala. Se la oyó silbar en el aire.

Llegó exactamente al corazón.

Y se oyó un terrible alarido.

Sonia dejó caer un momento el arco mientras se volvía con un gesto de estupor y de miedo a la vez. Su grácil figura de dieciocho años, ceñida por la blusita y los *blue-jeans*, que marcaban las curvas de sus caderas, se recortó al sol. Estuvo a punto de echar a correr porque no entendía nada de aquello y porque el grito le había producido una verdadera crispación de horror.

La figura en la que había hecho blanco al lanzar la flecha estaba a unas cincuenta yardas. Tenía el corazón atravesado, o sea, que el blanco había sido perfecto. Era un corazón pintado en rojo, de una forma grosera, pero que se distinguía perfectamente.

Sonia farfulló mientras se llevaba la izquierda a la boca:

—No lo entiendo. Es como si hubiera matado a esa figura. Y una figura de madera no puede gritar…

En aquel momento, más allá del prado verde en que había estado haciendo la prueba, se escuchó la voz algo crispada de Malone. Era Malone el que preguntaba:

—¿Pero qué pasa? ¿Quién ha gritado de ese modo?

La voz de Lorna, la mujer que se iba a casar con él unos días después, respondió enseguida:

—Ha sido la nueva criada negra.

—Pues sí que hemos contratado un buen personal… ¿Qué es lo que le pasa a la nueva criada negra?

—Parece que ha visto un ratón.

—¿Un ratón en una casa nueva? ¡Imposible!

—No olvides que han estado arreglando la alcantarilla. Quizá ha salido de allí.

—Pues habrá que avisar. No quiero que esto se llene de bichos… Ah, y dile a esa mujer que calme un poco sus nervios. Había conseguido tranquilizarme un poco mientras oía música y de pronto… En fin, parece que ni aquí podré tener un poco de calma…

La voz de Malone indicaba más resignación que enfado. Gracias a la limpieza del aire se oía perfectamente desde el prado que rodeaba la mansión, y, por lo tanto, la captaron Sonia, su sobrina y el hombre que estaba junto a ella. Sonia recogió el arco con una sonrisa y dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás y movía su hermosa melena:

—Menos mal que se han aclarado las cosas. Por un momento creí que…

—¿Qué?… —preguntó, cautelosamente, el hombre.

—Que había matado a una figura que es un simple blanco de madera.

—Todos acabaremos con los nervios desechos aquí —dijo Silverton, mientras su mirada se perdía en el vacío—. Esas muertes tan increíbles nos han desquiciado. Si no fuera porque Malone es amigo mío y sé que necesita compañía, me volvería a mi casa. Uf… Magnífico tiro, ¿eh? Magnífico tiro…

Se acercó a la figura y contempló la precisión del impacto. Sus gafas negras parecían dos discos de sombra bajo el radiante sol. Silverton, el especialista en óptica, el hombre que había ideado todos los aparatos especiales para las inmersiones submarinas del grupo de aventureros, era por su parte un enfermo cuyos ojos resultaban siempre heridos por el sol. No podía soportarlo. Mientras miraba a la preciosa Sonia, dijo:

—Yo nunca hubiera conseguido nada semejante.

—El tiro con arco es difícil —dijo ella—. A mí me ha costado muchas horas de entrenamiento, pero ahora sé que es inútil. Ni siquiera he llegado a campeona nacional.

—No lo digo por la dificultad del tiro —susurró Silverton—, sino por el sol.

—¿Qué pasa con el sol?

—Seguro que le dañaba en los ojos, Sonia.

Ella se encogió de hombros.
—Sí, un poco. Pero lo resisto bien.
—¡Qué distinto a lo mío!
—¿Qué le pasa a usted, Silverton?
—¿No nota que casi siempre he de ir con esas gafas negras?
—Sí, es verdad. Cuando sale de casa se las suele poner.
—El sol me daña a los ojos. Los tengo muy delicados —explicó él—. Sí, muy delicados… Sin embargo, en algo he tenido suerte. No ha habido necesidad de que un oculista me timara para hacerme la receta de las gafas. Yo mismo me he podido terminar éstas, que son perfectas. Oiga… ¿cómo puede usted soportar el reflejo del sol sin pestañear siquiera? ¡Es admirable!
—Debe ser por la edad —sonrió Sonia.
—Oh, maldita sea… Ya me ha llamado viejo. ¿Sabe que apenas paso de los cuarenta? Y el tener los ojos delicados no depende de la edad, óigame… He visto chicas de catorce años con unas gafas así de gruesas… ¡así!… En fin, me he distraído de verdad viéndola ensayar a usted, Sonia, pero me parece que no habrá más remedio que volver a la casa.
—¿Por qué?
—¿No lo ve? Va a haber tormenta.
—Como cuando mataron a Miles —susurró ella.
Las facciones de Silverton se ensombrecieron tanto como se estaba ensombreciendo el cielo.
—¿Por qué dice eso? —susurró.
—Porque lo sabemos todos. Cuando el cuerpo se estrelló desde el piso treinta, empezó de repente a caer la lluvia.
—Vaya recuerdo… —bisbiseó él—. Sí, es cierto, los periódicos hablaron de esa circunstancia… Pero no tiene ninguna importancia, digo yo. Ninguna…
—Eso espero —dijo, quietamente, Sonia.
—¿Eso espera? ¿Por qué ha empleado ese tono de voz especial? ¿Qué es lo que espera, Sonia?
—Dicen que la presencia del diablo influye en una cosa.
—¿En qué?
—En los cambios repentinos de tiempo.
Él se estremeció.
No pudo evitarlo: pese a toda su veteranía, se estremeció.

—Ésas son leyendas de pescadores —dijo—. Yo las he oído contar muchas veces. La gente del Caribe… Je, je, ya se sabe. Cuando se produce algún cambio de tiempo inexplicable, cosa muy frecuente en aquella zona, dicen que es el diablo. Claro que… ¡ejem!… reconozco que pasan allí fenómenos que volverían loco a un meteorólogo, pero no es para creer en el demonio. Y lo de Miles fue una simple casualidad.

Casualidad o no, lo cierto era que el tiempo estaba cambiando en cuestión de minutos. Eso tampoco resultaba tan extraño, puesto que las tormentas que se forman en el lago Michigan suelen ser repentinas y llegan a Chicago en muy poco tiempo. Unas gruesas gotas empezaron a caer, y el hombre y la muchacha hubieron de correr hacia el interior de la casa.

En ella volvía a imperar la calma. Malone volvía a oír música, una música suave de Henry Mancini. Lorna, su prometida, dibujaba. Era muy aficionada a crear figuras imaginativas, y no faltaba quien decía que hubiera tenido un buen porvenir en el comic. Fred, el hermano, estaba haciendo cálculos sobre los costos de una nueva tienda en Louisville. Las dos criadas recién contratadas, una blanca y una negra, estaban en la cocina en aquel momento, mientras que Evans, el mayordomo, nadie tenía idea de dónde podía parar.

En la cocina funcionaba a todo tren el lavavajillas. Se oía un run-run
lento e insistente. Un pequeño aparato televisor ofrecía un partido en el que actuaban los Giants contra los Dockers. El ruido era excesivo para la blanca y la negra que trabajaban juntas. Pero de pronto la negra se acercó a un punto situado detrás de la lavadora. Con voz tranquila, explicó:

—Habla Anna. Todo se desarrolla con normalidad en la casa, No hay problemas. El único que resulta un poco difícil de controlar es Evans, el mayordomo, pero no parece sospechoso. Dudo que consigamos nada aquí. Éste es el sitio más absurdo para que traten de matar a una persona. Repito: el sitio más absurdo.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Todo está bien controlado. Mientras Malone no salga de aquí, no creemos exista el menor peligro.

La blanca, que le estaba oyendo hablar, hizo un gesto de asentimiento. Ella pensaba lo mismo. Las dos policías colocadas por

la agencia de empleos llevaban ya dos días allí y lo habían registrado discretamente todo, sin hallar el menor indicio de sospecha. La blanca dijo con voz velada, mientras se ajustaba bien la pequeña pistola extraplana que llevaba ajustada en la entrepierna:

—Ha sido bueno el truco de chillar diciendo que habías visto un ratón. Así jamás sospecharán que trabajas para la policía y te tomarán por lo que eres.

—¿Y qué es lo que soy?

—Una negra idiota.

—¡Oye, tú!…

Las dos mujeres se miraron casi con furia, pero en aquel momento Evans, el mayordomo, entró. Miró con ojos ansiosos las curvas de la negra y los evidentes encantos de la blanca. Si llega a saber que, oculta entre sus ropas, había una pistola chata, se desmaya. Luego, seguramente, quiso tomar personalmente algunas medidas, porque ella le rechazó.

—¡Eh, oiga, usted! ¡Que me van a oír en el Sindicato!

—A ver dónde encuentras tú un sitio donde te paguen mejor que en éste, golfa.

—Muy bien, pero el que me paga es el amo, no usted. Entonces… ¡sería una cuestión a considerar entre el amo y yo!

—En la cocina, el amo soy yo.

—Mírale… —dijo la negra—, ¡el que parecía tan educado! ¡Un mayordomo de los de Agatha Christie!

Y le dio una carga de fútbol con sus opulentos flancos que por poco lo desmonta. Claro que eso lo hizo solamente para apartarle de la lavadora, no fuese que al otro se le ocurriera descubrir el micro mediante el cual, por medio de onda corta, comunicaban con el puesto de control que el teniente Haley había establecido.

Mientras tanto, Silverton y Sonia habían entrado también en la casa. El sol de la tarde había sido sustituido por una especie de repentina borrasca que lo barría todo. El viento azotaba con fuerza en los cristales. Las gotas de lluvia brincaban en el porche. Una atmósfera gris, pesada y maciza, lo llenaba todo.

Malone susurró:

—Qué cambio de tiempo, ¿eh?

—Sonia dice que es el diablo —gruñó Silverton mientras se

sacudía la ropa, ligeramente mojada.

Las facciones de Malone cambiaron.

Barbotó:

—¿De dónde ha salido esa maldita idea de que es el diablo? ¿Por qué esa condenada zorra ha dicho una cosa semejante?

Al oírse llamar «condenada zorra» a los dieciocho años, Sonia palideció. Todos los ojos se clavaron en Malone acusadoramente.

Y una de las más acusadoras fue Lorna, su prometida.

Malone hundió la cabeza.

—Perdonad, es que… Bueno, hay momentos en que no sé qué me digo. De verdad, perdonadme. Todo lo que tenga relación con el diablo me desquicia.

—Tienes que alejarte de esa idea —dijo, pausadamente, Lorna—. Los descendientes de negros del Caribe siempre hemos creído en los espíritus, ya lo sabes. Mis padres, para no ir más lejos, aún practicaban el «vudú». Pero estamos en Chicago, cariño; estamos bien lejos de todas esas supersticiones y todas esas leyendas.

Malone se fue calmando. La oscuridad se había hecho tan repentina en torno suyo que casi tenían que encender las luces. Mirando sobre todo a Sonia, musitó:

—Me siento como un perro sarnoso, Sonia. No sé por qué he dicho eso.

—No tiene importancia. Lo que ocurre es que estás nervioso.

—Sí que lo estoy, Sonia. Demasiado.

—Lo comprendo muy bien, pero, por favor, olvida todas esas historias. Aquí no corres peligro de ninguna manera. ¿Qué te va a suceder?

—Nada —musitó Malone—, nada…

La muchacha dijo, con voz tranquila:

—Además, la policía vigila. Nadie se puede acercar a la casa. Hay micros ocultos y hay observadores entre los árboles.

Se produjo un repentino movimiento de sorpresa. Las gafas de Silverton giraron como dos soles negros.

—¿Quéééé? —balbuceó.

—No soy tan idiota —dijo Sonia, tranquilamente—. Mientras ensayo con el arco y las flechas me fijo en los detalles. Y hasta apostaría diez contra uno a que esas sirvientas que nos ha enviado la agencia de colocaciones son dos auxiliares de la Brigada de

Homicidio. Demasiada casualidad el que se hayan presentado las dos juntitas, tan monas, tan igualitas, tan dispuestas a decir que sí a todo y sin preguntar ni por el sueldo… Perfecto, vaya. Demasiada casualidad.

Malone miró con asombro a su sobrina.

—¿Sabes que eres de cuidado? —murmuró—. Tú, la más joven de todos y la única que se fija en las cosas…

—No es tan difícil.

La lluvia caía con fuerza sobre los cristales. En el lago Michigan rugía la tempestad. El maniquí en que estaba trabajando Sonia parecía de pronto una siniestra mancha entre las sombras.

Lorna susurró:

—Eh…

—¿Qué pasa?

Todos los rostros se habían vuelto hacia ella. Latía en las miradas una oculta interrogación.

—Ese maniquí… Parece un fantasma.

—Si queréis, lo quito —dijo Sonia.

—No, claro que no… ¿Pero para qué lo necesitas? Lo trajiste en tu coche como si fuera un muerto. Es un maniquí que recuerda exactamente las dimensiones de una persona, ¿sabes? Me pone nerviosa.

—Sin ese maniquí no puedo idear modelos —dijo Sonia.

—¿Es que piensas diseñar un día para los modistos de París?

—Me gustaría no ser su diseñadora, sino ser su clienta.

Malone rió.

—Eso cuesta mucho dinero, Sonia —dijo.

—Sí, ya lo sé. En este mundo, todo lo que sea salirse un poco del montón resulta más caro cada vez.

—La gente viste cosas de confección —dijo Malone, pensando en voz alta—. Sí, en eso tienes razón, Sonia. Hoy nadie lleva las ropas usadas o rotas, como en otro tiempo, pero en cambio se tiene que vestir de una forma adocenada. No existe la verdadera distinción, como cuando yo nací. Si quieres distinguirte un poco, tienes que ser muy rico, porque la mano de obra que tenga calidad ya no se encuentra. A la gente la enseñan para trabajar en serie y a base de piezas todas iguales. Pero si se trata de dinero, yo te lo puedo dar. Aún recuerdo cómo te quedaste sin un dólar para ir a París… Si

quieres volver, yo te pago el viaje.

—¿Y si me gasto cien mil dólares en vestidos? —rió ella.

Malone rió también.

—Mujer, en ese plan hasta yo me arruinaba en dos años —dijo.

El clima de distensión, de «deshielo», ya se había producido. Todo el miedo que flotaba allí hasta unos segundos antes, ya se había volatilizado. Quizá es que no hay miedo que resista la presencia de una mujer joven y bonita como Sonia. Ella se dio cuenta de que todo volvía a estar en calma y lanzó una alegre carcajada.

—Bueno —dijo—, para no arruinarte me gastaré dos dólares cincuenta. A ver qué encuentro…

Y volvió la cabeza.

La volvió hacia el maniquí.

Y, de pronto, aquello OCURRIÓ.

Todos oyeron el ruido.

Todos lo vieron.

El diablo estaba allí.

El DIABLO.

Todos vieron que el maniquí avanzaba sólo por la habitación.

Que se movía.

Que el maniquí… ¡estaba vivo!

¡Y que se lanzaba sobre la propia Sonia!

CAPÍTULO VIII

EL GRITO

Si hubiesen estado adormilados, si hubiesen bebido, podían haber pensado que aquello era una pesadilla. Si no hubieran estado acompañados los unos por los otros, pudieron haber pensado que se trataba de una alucinación individual. Pero no fue eso.

No. Porque TODOS LO VIERON.

El maniquí avanzaba.

La luz lívida del relámpago lo iluminó de lleno.

Y entonces… ¡pareció saltar!

¡Se desplomó encima de la propia Sonia!

Ésta lanzó un grito lacerante.

Intentó rodar hacia atrás, en el diván en que estaba sentada. Y de pronto se encontró con el maniquí encima, pero no ocurrió nada más. Aquella masa muerta y estéril cayó sobre ella. Y de repente la quietud volvió otra vez, como si todo hubiera sido un extraño, un maldito, un cochino sueño.

Como si no hubiera ocurrido nada.

Pero todos sabían que había ocurrido. Todos miraron petrificados a Sonia, que se sacaba poco a poco de encima aquel pesado maniquí. La muchacha debía estar tan asustada que no podía ni hablar; de sus labios sólo escapaban inarticulados gemidos.

Malone fue el primero en reaccionar. Apartó el maniquí y lo puso en pie. Sus manos temblaron al tocarlo.

Parecía no creer que aquel maniquí fuera solamente un objeto inanimado. Lo depositó en un rincón, fuera de la vista de todos, y luego se volvió hacia Sonia.

Ésta tenía lágrimas en los ojos.

Parecía a punto de sufrir un ataque de histeria.

Y el ataque de histeria se produjo en cuestión de segundos, sin que nadie pudiera evitarlo, mientras sonaba un grito. Sonia se arrojó al suelo y empezó a revolverse entre los pies de todos, mientras intentaban sujetarla. La tensión de sus músculos era tal, que los ceñidos *blue-jeans* estuvieron a punto de romperse. Los hombres no se atrevían a sujetarla, temerosos de lesionarla seriamente, y al fin tuvo que ser la elástica y ágil Lorna la que la inmovilizó con una suave presa de lucha libre. Sonia, poco a poco, se fue calmando, pero de su garganta siguieron brotando inarticulados gemidos.

Malone le dio a beber un poco de ron.

—Ha sido horrible —balbució Lorna al fin—, ha sido ho… horrible. Ahora sí que estoy segura de que en esto interviene el diablo.

Malone susurró:

—No, no es posible.

—¿Pero no lo has visto tú mismo? ¿Por qué dudas?

—Por la sencilla razón de que no creo en las cosas sobrenaturales. La facultad que tienen algunas personas de poder trasladar objetos sin tocarlos es una cosa ya reconocida en la moderna parapsicología. No se trata de ningún milagro, sino de una especie de magnetismo personal que sólo unos pocos poseen. Lo único que puede afirmarse es que alguno de nosotros lo tiene.

Su hermano Fred, el tendero, hizo un gesto de defensa mientras gemía:

—A mí que me registren…

—¿Quizá tienes esa facultad tú? —preguntó Lorna a Malone, mirándole con una especie de miedo.

—¿Yo? ¿Cómo voy a tenerla?

Los ojos se clavaron entonces en Silverton, que estaba pálido como un muerto. Bastaba mirarlo un instante para darse cuenta de que era la primera vez que oía hablar de aquello. Las miradas, en su giro, se clavaron entonces en Sonia, pero Sonia les contemplaba con horror. Se puso a gemir entrecortadamente.

Malone barbotó al fin:

—Tienen que ser las nuevas criadas. Después de todo, ¿qué sabemos de ellas?

Y fue hacia la cocina, donde hubiera debido encontrarlas. Sin

embargo, no las encontró. Estaban las dos en su habitación, escuchando una vieja canción de Elvis Presley en un tocadiscos portátil.

—Perdonen —dijo Malone, al notar que le miraban con sorpresa —. No… no he querido molestarlas.

Conocía lo suficiente de parapsicología para saber que no basta con el poder secreto de trasladar objetos a distancia. Hace falta una mínima concentración, una incuestionable voluntad, una determinación férrea de hacer «aquello». Y no se puede tener esa voluntad estando en compañía de otra persona, charlando tranquilamente y escuchando un disco de música ligera. Por lo tanto, ninguna de las dos nuevas criadas había podido hacer aquello, como tampoco había podido hacerlo Evans, el mayordomo. Evans se encontraba a bastante distancia de allí, yendo a buscar provisiones en la furgoneta. Entonces, ¿aquellos misteriosos poderes los tenía alguno de los que estaban reunidos en la sala?

¿Lorna? ¿Sonia? ¿Silverton? ¿Su hermano Fred? ¡Oh, sólo pensar en su hermano Fred era absurdo! ¡Era un hombre que sólo sabía sentarse en el centro de una tienda a contar latas de conserva!

Pero entonces…

Quieto en el umbral de la magnífica sala, aterrado por sus propias ideas, miró como un alucinado a aquellos seres que formaban todo su mundo.

Fue Lorna la que musitó:

—No eran ellas, ¿verdad?

—No.

—¿Pues quién?

—No lo sé… ¡Dios santo, no lo sé!

—Más vale que nos larguemos todos de aquí —dijo Fred, con un evidente sentido práctico—. Esta casa está embrujada.

—No podemos —susurró Malone.

—¿Por qué no?

—Porque yo corro peligro de muerte.

—Igual lo corres aquí que en otros sitios, maldita sea.

—No, no es lo mismo —dijo Malone, pesadamente—. Esta casa está muy bien protegida por la policía. No han querido decírmelo, pero yo lo sé. En esta casa no puede entrar nadie sin que la policía lo sepa, mientras que en cualquier otro lugar…

Sonia musitó:

—Cualquier otro lugar puede ser tan seguro como éste.

—No. En eso estáis equivocados. No puede haber seguridad fuera de aquí. A Miles lo mataron en una fiesta delante de doscientas personas. A Banningan, en uno de los establecimientos públicos más frecuentados de Chicago: el depósito de cadáveres. A Silvester lo mataron en el *parking* de un club para millonarios. Tres sitios muy distintos, pero siempre la misma sensación de terror, la sensación de que el asesino hacia lo que quería. Aquí, al menos, sabemos que no puede entrar… si es que se trata de un ser humano.

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire como una premonición, como una extraña pesadilla que avanzara a través de aquel espacio cerrado. Malone volvió a sentarse al fin y dijo, tratando de animar el ambiente:

—Bueno, después de todo no hay que ponerse así. Estoy dramatizando demasiado, ¿verdad? Sólo una persona corre peligro.

—¿Quién? —preguntó Lorna—. Supongo que vas a decir que corres peligro tú solo.

—Exacto. Yo solo.

—Si lo corres tú, lo corro yo. Mi vida sin ti no tiene ningún sentido.

Malone se sirvió un dedo de *whisky* mientras decía:

—En el caso de que una maldición persiga a todos los que descubrimos aquel galeón maldito, yo soy el único que queda. Vosotros no corréis ningún peligro, a no ser que os alcancen las salpicaduras, y por eso voy a haceros una proposición: dejadme solo, marchad de aquí. Yo me las entenderé con ese poder diabólico o con lo que sea.

Las palabras «poder diabólico» no le gustaron a nadie. Malone mismo se dio cuenta de que no debía haberlas pronunciado. Las miradas turbias de todos recorrieron los rincones de la habitación como si en ella hubieran de ver flotar una mano satánica.

Es extraño el efecto que produce el silencio. A veces aturde de tal modo que llega a hipnotizar. Nadie de los que estaban allí se atrevía a romper aquella quietud, aquella especie de pegajoso horror, como si sus propios pensamientos se hubieran transformado en unos enemigos. Pero al fin, por fortuna para todos, hubo un ruido característico que rompió la siniestra quietud.

El motor de la furgoneta produjo un petardeo al remontar la leve subida en lo alto de la cual estaba la casa. Luego se oyó que daba la vuelta al edificio, para situarse en la parte de atrás, zona destinada a las cocinas y la entrada de mercancías.

Fred murmuró:

—Es Evans, que llega. Supongo que al menos trae provisiones para cuatro días.

Lorna se desperezó.

—Bueno, pues entonces ya estamos todos —dijo, con voz que quería ser animosa—. Iré a arreglarme un poco para la cena.

—Lo mismo podría hacer yo —susurró Sonia.

—Pues claro… Hemos de ponernos guapas porque, si no, estos hombres van a caer muertos de asco.

Y Lorna rió con su risa sana, poderosa, a través de su boca quizá demasiado grande, pero que daba una maravillosa sensación de pujanza y de salud.

Las gafas negras de Silverton parecieron brillar quedamente. Fuera seguía lloviendo. La penumbra se iba haciendo cada vez más espesa, más triste.

—Si es así, yo también iré a cambiarme —murmuró Silverton—. Se ve que queréis todos que esta cena sea importante, ¿no?

Malone opinó:

—Hay que animarse, macho.

Fred hizo crujir sus nudillos.

—Oye —dijo—, tengo una idea. ¿Por qué no voy yo en lo sucesivo a comprar con ese condenado mayordomo negro?

—¿Y por qué has de ir tú, Fred?

—Soy tendero, ¿no? Conozco la calidad de los productos y sé cuándo tratan de darme gato por liebre. Nada, nada… En lo sucesivo voy a acompañarle yo. Verás como ahorras.

—Yo no necesito ahorrar, Fred.

—Tampoco pienses que tu fortuna es incalculable. Vete haciendo el idiota y verás dentro de diez años.

Se puso en pie y añadió:

—Voy a ver lo que ha comprado ese incauto. Seguro que ha tirado el cincuenta por ciento del presupuesto que le diste.

Y salió de allí. Malone se dio cuenta, mientras su mirada gris paseaba por la habitación, de que de pronto había quedado solo.

Tuvo un estremecimiento de miedo, pero al fin se rehízo pensando que nada malo podía ocurrirle.

No. Nada malo…

Bajó las persianillas para que no pudieran verle desde el exterior. Siempre cabía la posibilidad de una bala disparada por un rifle con mira telescópica.

Tal como estaba aquí, se sentía seguro, tranquilo. Con la espalda apoyada en la pared, sin que nadie le viese desde fuera, con la casa vigilada por la policía, teniendo las puertas delante de los ojos, ¿quién iba a hacerle nada? ¿Quién podía causarle el menor daño en aquella especie de fortaleza?

Cerró los ojos con una sensación de tranquilidad, de paz.

Ahora, al fin, se sentía en calma.

Y esa calma fue rota de pronto por algo que le hizo saltar. Todos sus nervios vibraron. La casa se acababa de estremecer con un grito.

CAPÍTULO IX

UNA MANO EN EL VACÍO

Momentos antes, Fred había ido hacia la parte posterior de la casa donde tenía que estar situada la furgoneta. No sólo pensaba ayudar a descargar las cosas a Evans, sino que también quería comprobar las marcas de lo que éste acababa de comprar. Realmente, si alguien entendía de géneros alimenticios era él, un tendero. Y no quería que estafaran a su hermano tontamente.

Abrió la puerta posterior.

La fuerte lluvia casi le saltó a la cara.

Pero observó con sorpresa que la furgoneta no estaba allí, en el sitio donde hubiese debido estar. No se veía nada. Con un gesto de desorientación, Fred cerró la puerta y entró de nuevo en la casa.

La cocina no estaba lejos.

—Evans… —llamó.

Silencio.

De pronto una sensación pegajosa y hostil parecía haberse ido extendiendo por las habitaciones vacías.

—Evans…

¿Dónde demonios se había metido aquel maldito mayordomo? ¿Qué buscaba? ¿Por qué no estaba donde tenía que estar?

Pasó por la despensa.

Un par de cajas con productos estaban allí, señal de que Evans había empezado la descarga. ¿Pero dónde demonios estaba la furgoneta? ¿En qué sitio la había metido?

Salió por otra puerta.

Y entonces la vio. Estaba cerca de los garajes, junto a un recinto donde se podían lavar coches. Pese a la lluvia, que golpeaba cada vez con más fuerza, Fred se acercó a ella y volvió a llamar:

—Evans…

Nadie le contestó. Aquel tipo parecía haberse ido a vivir al fondo de la tierra. Al fin el tendero hizo un gesto de resignación mientras pensaba que ya le ajustaría las cuentas.

Y abrió las dos puertas de la furgoneta.

El interior estaba oscuro.

O no.

Quizá no tan oscuro. Quizá era fácil palpar aquella presencia humana. Quizá se podían ver brillar aquellos ojos.

Unos ojos quietos.

Satánicos.

Y debajo, aquella cara, aquellas manos.

La luz lívida de un rayo lo alumbró todo perfectamente. Le indicó que AQUELLO estaba allí. Le hizo ver durante un par de segundos lo que los otros habían visto antes de morir. Le obligó a estarse quieto por el asombro, paralizado por un confuso sentimiento de horror.

Apenas logró balbucir:

—No… no puede ser…

Las manos se movieron entonces.

Los ojos parecieron saltar en el aire.

La larga lanza atravesó la oscuridad. Fred no llegó ni a verla. Sólo la sintió penetrar en su cuerpo con la rapidez del rayo, como si fuera una interminable bayoneta.

Gimió de dolor mientras se desplomaba hacia atrás. La lanza salió con él. Se la habían clavado con tal fuerza que la punta aparecía por la espalda.

Rodó en silencio bajo la lluvia. Luego, una silueta se deslizó junto a él. Las manos del moribundo se crisparon sobre la lanza en un desesperado esfuerzo por arrancarla, pero todo fue inútil. La muerte llegó antes. La figura de Fred tuvo un último espasmo antes de quedar siniestramente quieta.

Y el silencio volvió a llenarlo todo. Aquel silencio agorero que sólo quedaba roto por el monótono golpear de la lluvia.

Malone fue hacia la caja de plata donde tenía los cigarrillos, sacó uno y lo encendió pensando que aquel grito había sido una alucinación. Quería dominarse, quería convencerse de que no había ocurrido nada, que todo aquello no era más que una febril fantasía

suya. El grito había llegado hasta la casa, pero él no quería creer. No quería pensar en eso... No quería pensar... ¡NO QUERÍA PENSAR!

La serie de rumores que se oyeron en el edificio le hicieron convencerse definitivamente de que había ocurrido algo muy grave. Salió al pasillo, corrió hacia el exterior y apareció en el hermoso porche. No se distinguía a nada, ni a nadie. Más allá, sobre el inmenso prado, golpeaba la lluvia.

Echó a correr, recibiendo el agua en su cuerpo y rodeando en parte la casa. Vio entonces la furgoneta y el pequeño grupo que se había formado en torno a ella. Todos parecían paralizados por el horror.

De una forma maquinal, Malone los fue contando, como si no quisiera enterarse de otra cosa: las dos criadas, el mayordomo Evans, su prometida Lorna, su sobrina Sonia, su colaborador Silverton. Sólo faltaba una persona, y eso hizo que sintiera en la garganta una brusca contracción de horror. Antes de llegar allí ya sabía quién era el muerto, pero lo que jamás pudo imaginar fue que su hermano Fred hubiera acabado de ese modo.

Estaba tendido de cara al cielo, con la lanza enhiesta como un mástil. A pesar de que la llevaba clavada hasta el fondo, el largo mango sobresalía más de un metro.

Todos estaban lívidos. Nadie se atrevía a tocar aquello.

Sonia balbució al fin:

—Yo he oído un grito...

Todos habían oído el mismo grito. Todos. No hacía falta explicar por qué estaban allí. Como tampoco hacía falta explicar quién estaba antes, porque sus cuerpos aparecían empañados por la lluvia.

Las dos falsas sirvientas fueron las primeras en reaccionar, puesto que al fin y al cabo eran policías. Una de ellas puso su mano en el escote para extraer de él, con el mayor desparpajo, un pequeño aparato transmisor-receptor. La otra, mientras tanto, rogó a los demás que se apartaran para que no borrasen las huellas en torno al cadáver.

La primera mujer emitió un breve mensaje:

—Han matado a Fred Malone... Han matado a Fred Malone... Una lanzada que le atraviesa el cuerpo... Pido que vengan inmediatamente con todo el equipo técnico. Repito: Han matado a

Fred Malone… Corto.

Guardó el pequeño aparato y luego ayudó a su compañera a impedir que se acercasen al cuerpo caído, puesto que las huellas de pisadas que pudiera haber en torno suyo resultarían esenciales para la investigación. Se habían marcado con toda claridad en la tierra húmeda.

Malone sintió una arcada en el estómago. Era un hombre de mundo, un aventurero, y sin embargo, ahora hubo de balbucir:

—Tengo que irme…

Los demás le imitaron. Las facciones estaban contraídas, las caras lívidas. Nadie notaba ya en su cara la fuerza de la lluvia.

Se perdieron como sombras en el vacío, se difuminaron en la bruma.

Otra vez sentían aquel mudo horror, otra vez les dominaba la sensación de que sobre sus nucas se estaba apretando la mano del diablo.

CAPÍTULO X

UNA LLAMADA AL VACÍO

El teniente Haley colgó el teléfono con expresión preocupada. Daba la sensación de que sus ojos estaban vacíos y de que no veían al sargento Gordon mientras avanzaba hacia la mesa. Hasta que lo tuvo materialmente encima no se dio cuenta de su presencia allí.

Gordon preguntó:

—¿Llamaba a Malone?

—No. A mi mujer.

—¿Pero para qué? No vive con ella. ¿Qué le tiene que decir?

—Quería preguntarle una cosa —susurró Haley.

—¿Y lo ha hecho ya?

—No, no he podido.

—¿Por qué? ¿No se pone al teléfono?

—No. Es que no está en casa. El timbre suena y no se pone nadie. Seguro que, si lo oyese, lo descolgaría.

—Qué raro, ¿verdad? Cuando la ha llamado la otra vez, tampoco estaba.

—Tampoco.

—Bueno, habrá salido.

—¿Es que siempre ha de estar fuera? —preguntó Haley, como si hablara consigo mismo—. ¿Siempre?…

—Olvide eso, teniente. Hay algo más importante en que pensar.

Haley alzó entonces la cabeza y pareció darse cuenta, por primera vez, de que, en efecto, Gordon estaba allí y le miraba con ojos extraviados, con unos ojos de ratón que tiene miedo. Adivinó instantáneamente, sin necesidad de palabras, que algo muy grave había vuelto a suceder.

—¿Malone? —preguntó, con un hilo de voz.

Era el único asesinato que le parecía lógico, quizá inevitable. Pese a lo protegido que estaba, ninguna otra persona en Chicago tenía tantas probabilidades de morir. Pero Gordon movió la cabeza negativamente.

—No —dijo quedamente—. Ha sido su hermano.

—¿Fred?

—Nos acaba de avisar una de las dos mujeres policía que hemos situado en la casa.

Haley palideció también y luego movió la cabeza negativamente, como si aquello estuviera en desacuerdo con las más elementales normas de la lógica. No lo entendía, no tenía ningún sentido. Incluso le pareció haber oído mal.

—Nadie se beneficia con esa muerte —balbució—. Con los otros, sí, porque había una fortuna a repartir, pero con ese tendero… ¿quién?

—Tal vez haya que creer de verdad en algo sobrenatural, Haley. En algo que no entendemos, pero que existe.

Haley negó con la cabeza. Parecía haber envejecido en pocas horas, como si aquel caso en que estaba metido pesara como una maldición sobre él. Se puso en pie y dijo quedamente:

—No, Gordon, lo sobrenatural no existe. Las maldiciones que llegan del fondo del mar no existen. ¡No existe nada de lo que están intentando hacernos creer! Lo que pasa es que esto no tiene sentido… Es algo que escapa a toda lógica.

El sargento musitó:

—Eso al menos es verdad. Con la muerte de Fred Malone no se ha beneficiado nadie.

—Entonces, ¿por qué?

—Más vale que lo veamos sobre el terreno. No van a tocar nada hasta que nosotros lleguemos allí.

Los dos hombres salieron silenciosamente. La lluvia había amainado y un tímido sol asomaba de nuevo más allá de la Skyline, cerrada por las Torres de la Marina. El coche se deslizó a gran velocidad por los charcos mientras los dos policías estaban embebidos en sus pensamientos, mientras se preguntaban sinceramente si no podía ser cierto el que una maldición llegara desde el fondo del pasado, provocando nuevas víctimas varios siglos después de haber sido formulada.

Hubieran querido ahogar aquellos pensamientos, pero no podían.

La casa estaba envuelta en la niebla baja. Bruscamente, en lugar de parecerles hermosa, les pareció una tumba. Como sombras se deslizaron hacia la parte posterior, donde un pequeño grupo de policías llegados antes que ellos, en un coche patrullero, rodeaba la furgoneta y el cadáver.

Saludaron al teniente.

—Mal día se presenta, Haley.

—Nos parece que va a tener un bonito lío para el fin de semana.

Los ojos de Haley se clavaron en aquel hombre atravesado por la terrible lanzada. Se dio cuenta de que la última expresión de la víctima no reflejaba miedo, sino sorpresa. De que, en el momento de morir, Fred Malone aún no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Han avisado a los fotógrafos? —preguntó, queriendo anular sus inquietudes con las fórmulas rutinarias.

—Llegarán de un momento a otro.

—¿Y el forense?

—También le hemos avisado ya.

—De todos modos, no creo que la autopsia le dé ninguna sorpresa —gruñó el mismo Haley—. Yo hablaré con el fiscal del distrito.

Y se metió en la casa. De pronto su rostro se había vuelto de un raro color gris. En todas partes creía notar presencias extrañas, roces furtivos que le iban siguiendo de una habitación a otra.

Descolgó el teléfono y habló con la oficina legal mientras el sargento se ocupaba de los restantes trámites. Después de resolver aquel asunto sin el que nada podía hacer, fue a ver a Malone.

Lo encontró desencajado.

Con los ojos terriblemente quietos, mirando obsesionados hacia un mismo sitio.

Haley chascó dos dedos.

—Había logrado tener usted un hermoso paraíso, Malone —dijo, con voz ahogada—. Ahora empiezo a temer que se le haya convertido en un infierno.

El millonario pareció no haberle oído, pero enseguida movió la cabeza negativamente para decir:

—Fred no podía estar alcanzado por esa maldición. Es absurdo…

Jamás se había metido dos brazadas bajo el agua, jamás había intentado desvelar un solo misterio del pasado. No… no lo podré comprender jamás. Si alguien había que no debiera ser alcanzado por los demonios que a mí me rodean, era mi hermano. Él no…

Haley dijo, con nerviosismo:

—Es absurdo hablar de los demonios, Malone.

Pero lo dijo para convencerse a sí mismo, porque tal vez empezaba a creer ya en ellos. Luego movió la cabeza, disipando aquellos pensamientos, y susurró con una voz que quería ser estrictamente profesional:

—¿Todos estaban en la casa, Malone?

—Sí.

—¿Juntos?

—No. En el momento en que mi hermano murió, cada uno se había ido a sus habitaciones. Antes había ocurrido algo espantoso.

—¿Algo espantoso? ¿Qué?

—Lo del maniquí.

—¿Qué pasó con el maniquí?

Con voz velada, Malone explicó lo que había sucedido a Sonia, cuando el maniquí cobró vida bruscamente y se abalanzó sobre ella. Sus palabras eran breves, cortantes, y a veces no sabía cómo expresarse, pero todo lo describió con perfecta minuciosidad. Haley sintió que sus sienes se iban perlando de un sudor helado.

—¿Y eso lo vieron todos? —balbució.

—Sí. Todos.

—¿Qué habían bebido?

—Por favor, teniente, ¿qué está pensando?

—Pregunto solamente si habían bebido algo. Por pura rutina, en el informe necesito ponerlo.

—Nada, prácticamente nada.

—En cambio dice que, cuando se produjo el crimen, todos estaban separados, ¿verdad? ¿Dónde estaba usted?

—Aquí mismo.

—¿Y los otros?

—Ya le he dicho que en sus habitaciones… Pero, por favor, interrógueles a ellos. Yo no puedo más.

Y cerró los ojos. Bruscamente, Haley sintió pena de él, una pena casi entrañable porque algo le estaba diciendo que aquel hombre

iba a morir. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Malone le dijo, antes de que saliera:

—Corrí inmediatamente al oír el grito de mi hermano, ¿sabe? Pero ya todos estaban allí, y aparecían empapados de agua; habían llegado antes que yo.

—Gracias; es un dato.

Haley movió la cabeza pensativamente y salió. En principio todos eran sospechosos porque todos pudieron haber cometido el crimen, incluso el propio Malone, pese a lo que acababa de decir. Aunque el asesinato de su propio hermano era algo monstruoso y no le beneficiaba en nada, cualquier cosa podía esperarse de un hombre a quien el miedo estaba ya haciendo perder la razón.

El sargento se acercó a él.

—He revisado las cintas magnetofónicas que graban todo lo que se oye en la casa —murmuró—. No hay nada sospechoso.

—De todos modos habrá que oírlas con mucha más atención. Llévelas al laboratorio de sonido y que investiguen si hay algo que no sea normal, por mínimo que resulte. Un chirrido de neumáticos, una silla que se mueve, una palabra de cualquier persona que no pertenezca al círculo de la casa…

—Sería demasiada suerte, teniente. Estoy seguro de que no encontraremos nada anormal.

Y desapareció. Haley quedó quieto allí, con su terrible incertidumbre clavada en el fondo de los pensamientos. Luego rodeó la casa por el exterior y en el porche del otro lado encontró a Sonia.

La muchacha también parecía aterrorizada. Miró al teniente como si éste fuera una aparición de otro planeta.

—Voy a marcharme de aquí… —susurró, con un hilo de voz—. No puedo soportar ni un minuto más en esta casa.

—Desgraciadamente, no va a ser posible, Sonia. Al menos de momento.

—¿Por qué no?

—Hay que reproducir los hechos minuto a minuto. Simple rutina, pero no queda otro remedio. Les necesitamos a todos aquí.

—Lo de Fred ha sido di… diabólico.

Haley no hizo ningún comentario sobre aquello. Sólo puso las manos en los bolsillos y preguntó mirando a la muchacha:

—¿Qué ha sido lo del maniquí?

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha contado Malone.

—Por eso quiero irme —dijo la muchacha, con voz ahogada, mientras se entrecruzaban sus dedos ansiosamente—. Porque todo esto está embrujado. Porque somos unos simples juguetes en manos de los espíritus… ¡Porque aquí nos están acechando día y noche seres del Más Allá!

Su tono era desgarrado, casi patético, y latía en aquellas palabras una terrible sinceridad. Haley entendía perfectamente el miedo de la muchacha y por eso prometió:

—Si puedo, mañana mismo se marchará usted de aquí. No se preocupe, no quiero retenerla.

Fue a dar media vuelta, pero ella susurró:

—Oiga, teniente…

—¿Qué?

—¿Usted cree en el diablo?

—¿Por qué pregunta eso?

—No sé… De repente he sentido la necesidad de saberlo.

—El diablo, o el principio del Mal, figura en las religiones, pero no se explica demasiado bien en qué consiste. Digamos que creo en el Mal. Sí… Desgraciadamente, en eso creo. ¿Pero por qué le preocupa esa idea?

—Porque Malone arrastra una maldición, y yo sé que es una maldición diabólica.

Sus ojos se habían agrandado, sus labios temblaban, sus manos se habían crispado levemente en el aire. Haley tuvo de pronto la sensación de que ella iba a sufrir un ataque de nervios.

Pero la hermosa muchacha se rehízo, o al menos lo pareció. El teniente hizo un gesto de preocupación mientras musitaba:

—¿Por qué no le preparo un trago? ¿No hay ninguna botella por aquí?

—Sí. En esta casa hay botellas por todas partes. ¿No se ha dado cuenta de que sobra el dinero?

—Y ése es un dinero que usted odia, ¿verdad?

—Claro que lo odio. Está unido a una sucia maldición.

—¿Esa extraña maldición que está unida al triángulo de las Bermudas? ¿Esos fantasmas que yacen debajo de las olas?

Ella no contestó.

Pero sus hermosos labios aún temblaban.

Haley sabía, a falta de otras virtudes, preparar buenos combinados para animar a la gente. Dio a la muchacha uno que era auténticamente explosivo y se sirvió otro él también, aunque no consiguió que su moral se elevara. Sus ojos siguieron tan helados y quietos como siempre, perdidos, igual que antes, en un punto indefinible del vacío.

En cambio, Sonia parecía haber recobrado el aliento. Con voz opaca, musitó:

—¿A veces ha deseado morir, teniente?

—¿Por qué pregunta eso?

—No sé… Es una extraña sensación que tengo.

—La presencia del diablo… El deseo de morir… No es usted una muchacha demasiado alegre, Sonia.

—Lo sé, pero le aseguro que no siempre soy así. Quizá es que ahora… Tal vez ahora ocurre que estoy impresionada por lo que acaba de ocurrir. Que estoy un poco desquiciada incluso.

Él bebió otro trago, pero el alcohol siguió sin producirle el menor efecto. La voz de la muchacha pareció llegarle de muy lejos, como si ella estuviera en otra habitación de la casa.

—¿Es soltero? —Oyó que le preguntaba.

—No. Casado.

—Es raro. Tiene pinta de soltero.

—¿Por qué lo piensa?

—No sabría definirlo. Su cierto aire deportivo y despreocupado. Su desenvoltura…

—Alguna vez, más de un casado actúa como un soltero —musitó él.

—¿En qué sentido?

Él dijo, con voz inexpresiva:

—Digamos que echa alguna canita al aire.

Y se sirvió un poco más de licor. Aunque estando de servicio no debía beber, notaba que debía hacer algo para hundir sus pensamientos, para llevarlos a cualquier rincón del vacío, para lograr que no le atormentaran más. Y no lo conseguía.

—Usted es incapaz de tener un lío —musitó Sonia—. Al menos es incapaz de tener lo que se llama un «lío» en el sentido vulgar de

la palabra.

—No entiendo qué quiere decir.

—Muy sencillo: que hay otra mujer en su vida, pero usted la quiere honradamente. No es una aventura, no es un simple capricho. Su tormento viene de que quiere a dos mujeres y a las dos con sinceridad.

Haley echó un poco la cabeza hacia atrás, mientras miraba fijamente a la muchacha. Pese a su juventud, pese a su aparente inexperiencia, tenía un cerebro de primera clase y que atravesaba los pensamientos. Le había adivinado certeramente, le había definido; su diagnóstico era totalmente exacto.

Era eso lo que marcaba su vida.

Querer a dos mujeres a la vez y a ambas con la misma sinceridad. A Laura, su esposa, porque había llenado su vida. A Nelly, la «otra», porque le hizo soñar en un mundo mejor, un mundo nuevo, un mundo donde los días no estaban hechos de rutinas y no aparecían muertos ya en el momento de nacer.

Sonia musitó:

—¿Cómo se llama su mujer?

—Laura.

—¿Y la otra?

—Nelly.

—¿Dónde está Nelly ahora?

—Enferma. Gravemente enferma.

—¿Puede morir?

—Sí —dijo quedamente Haley, sintiendo que se le contraía la garganta.

—¿Por qué no va a verla?

—No puedo. No debo hacerlo.

—¿Y por qué no?

—Ella me lo ha pedido.

—¿Y por qué se lo ha pedido?

Haley dijo con voz cansada, girando la cabeza:

—Por favor, no tiene derecho a preguntarme más.

—No me conteste si no quiere. ¿Pero por qué no desea verla? ¿Por qué le ha pedido ella que no vaya?

—Porque tiene una enfermedad terrible. Es un cáncer… Se… se está deformando. Quizá usted no lo entiende porque es joven,

porque es fuerte y está llena de salud, pero Nelly también era así, hace solamente un año. Ahora… ahora se necesita valor para permanecer junto a ella. Por eso me ha prohibido expresamente que vaya. Quiere que conserve un buen recuerdo de… de su salud y de su belleza.

La voz de Haley se había quebrado, un momento. Era débil, amarga. De pronto aquel hombre que podía partir una pared de un puñetazo estaba lleno de dudas, de vacilaciones, de dolores secretos. De pronto se le adivinaba ante una pared que no se atrevía a atravesar; se le adivinaba detenido por un muro de silencio.

Sonia musitó:

—Lo comprendo. Si yo fuese ella, le pediría lo mismo.

—Pero está sola…

—¿No la atienden?

—Sí, eso sí. Le pago una excelente clínica, pero no es lo mismo. Esa soledad de los que van a morir no tiene nombre. Esa soledad sin fronteras en la que falta una mano amiga. No… no sé cómo explicarlo, pero sé que no es lo mismo.

Sonia cabeceó lentamente.

Sus ojos se habían vuelto vidriosos.

—¿Dónde está su mujer? —susurró.

—No lo sé.

—¿Quiere decir que no la encuentra?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Parece como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Ha pensado que pueden haberla matado? —bisbiseó de repente Sonia.

—¿Qué?…

—Me ha oído perfectamente: pueden haberla matado.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé. Quizá es porque estoy rodeada de muerte.

Y dio media vuelta para alejarse. Tropezó con el vaso en que acababa de beber, el cual estaba encima de una mesa, y el vaso cayó. Se hizo añicos con un sonido cantarino y a la vez siniestro. Haley tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los abrió, Sonia había desaparecido. Era también como si se la hubiese tragado la tierra, como si se la hubiera tragado la niebla.

CAPÍTULO XI

UN OSCURO RAYO DE SOL

Silverton, el hombre que había diseñado tantos aparatos submarinos para las inmersiones de los cuatro amigos, terminó de cerrar su maleta y contempló con una expresión de nostalgia la habitación que iba a dejar. Luego se puso un cigarrillo en los labios, se encogió de hombros con un gesto que quería ser de decisión y salió de allí mientras consultaba su reloj. Se dio cuenta de que no le quedaba demasiado tiempo.

El avión salía dentro de una hora y media, y él iba a necesitar cuarenta y cinco minutos para llegar al aeropuerto. Avanzó por el porche y trató de mirar hacia la lejanía, para despedirse de aquel prado en que durante un tiempo —un muy breve tiempo— se había sentido tan satisfecho de vivir.

Pero no pudo mirar muy a lo lejos porque la vista le traicionaba. Silverton, el especialista en óptica, era, sin embargo, un miope. Sus gafas negras destacaban en el rostro como dos manchas redondas que condujeran al vacío. De los prados que rodeaban la casa sólo pudo ver unos cuantos relieves, unos confusos bordes y poco más. Hizo un gesto de resignación, sujetó con más fuerza su maleta y siguió avanzando.

Y entonces la bala le pasó rozando. La bala disparada con silenciador le acarició materialmente las pestañas y se empotró en la fachada de la casa sin hacer el menor ruido, sin causar más que un leve «tlic». El roce de la bala fue tan ajustado a su cabeza que se le llevó las gafas por delante. Silverton lanzó un gemido de horror.

Porque de repente no vio apenas nada. Si antes había distinguido unos confusos relieves, ahora los alrededores de la casa no eran más que una extraña masa gris en los que no captaba ni una

sola silueta humana. Y sin embargo desde cien yardas, desde ciento cincuenta… ¡le estaban disparando!

La segunda bala tampoco produjo el menor ruido.

Pero ésta penetró en su hombro izquierdo. Había buscado su corazón y por poco no llegó a empotrarse en él. Silverton sintió que el miedo, que la desesperación, le agarrotaban la garganta y no fue capaz ni de lanzar un gemido, mientras rodaba al suelo silenciosamente.

Gateó por él.

Pero ahora sabía que estaba completamente perdido. Componía un blanco perfecto. Usando un traje negro en aquel porche blanco, se le distinguía con claridad a dos millas. No iban a fallar el tercer disparo.

En efecto, dos manos alzaron un poco el rifle mientras un ojo implacable centraba el blanco en el punto de mira. Un dedo corrió sobre el gatillo.

Y entonces salió el sol.

Sólo eso.

El sol.

Una claridad casi mágica se deslizó por entre los nubarrones, cayendo a plomo sobre la casa. En sólo unos segundos, la atmósfera gris que rodeaba a ésta se llenó de luz. Unos instantes después, los nubarrones ahogarían de nuevo aquellos rayos, pero el efecto que ahora produjeron fue casi deslumbrante.

El dedo se cerró definitivamente sobre el gatillo del rifle.

Y la bala falló. El blanco más sencillo del mundo, el más perfecto, no fue alcanzado simplemente porque habían salido unos rayos de sol. El plomo salió tan desviado que llegó a alcanzar el tejado de la casa.

Silverton siguió gateando.

Estaba estremecido de horror.

No se daba cuenta de lo ridículo de su posición, ni pensaba que así seguía ofreciendo un blanco perfecto. En realidad, no pensaba nada, porque su cerebro se había embotado de la misma forma que estaban embotados sus ojos. Sólo el miedo le estremecía, un miedo que llegaba a producirle una náusea.

Pero lo curioso fue que no volvieron a disparar contra él.

Ahora, de pronto, el sol lo llenaba todo.

Como en un desierto.

Las nubes no se habían vuelto a cerrar aún. Todo brillaba, todo quemaba. Silverton gateó hasta doblar la esquina mientras gemía de horror.

Y entonces tropezó con las piernas de aquel hombre.

Eran unas piernas robustas y largas. Eran fuertes.

Parecían dos columnas de metal con las que él hubiese tropezado de pronto.

Temblorosamente, Silverton alzó entonces la cabeza y vio al teniente Haley. De su garganta escapó un grito de miedo, porque había tenido un terrible sobresalto, seguido por un grito de alivio, ya que se sintió salvado. Dos manos de acero le pusieron en pie.

Y aquellas manos se mancharon de sangre.

—¿Pero qué le pasa, Silverton? ¿Está herido?

—Han… han tratado de matarme.

—¿Dónde? ¿Pero qué diablos dice?

Era lógico el asombro de Haley, puesto que no había escuchado ningún disparo. Sin embargo, sus ojos expertos le indicaron hasta el calibre del arma que había herido a Silverton. Tenía que ser un calibre 22 con silenciador, y si la bala llega a ir un poco más abajo, destroza a aquel hombre. Mientras lo sostenía contra la pared, musitó:

—Llamaré enseguida una ambulancia. No se preocupe porque no es grave. ¿Desde dónde han disparado?

—Desde la parte derecha de la casa…

Haley fue hacia allí. Sus pensamientos se atropellaban. Una sensación de frío le estaba recorriendo la espalda.

Porque sólo un día antes había muerto Fred. Durante veinticuatro horas había estado investigando sin resultado, sin llegar a ninguna parte, sin poder tampoco localizar a su esposa, y ahora, de repente, el misterio se ennegrecía más y más. Ahora, de repente, el misterioso asesino, aquella especie de hijo del diablo, volvía a atacar… ¡pero a plena luz del día!

Llegó a la parte derecha de la casa y entonces vio que, en efecto, Silverton no le había mentido. Había un impacto de bala en la pared, y aquel impacto correspondía a un rifle del 22. Incluso estaba allí la bala, en el suelo, convertida en una especie de bola aplastada.

Los ojos de Haley escrutaron la llanura.
Los prados silenciosos.
Los arbustos de flores.
Estaba claro que tenían que haber disparado desde detrás de alguno de los arbustos, los cuales se hallaban más o menos a una distancia de ciento cincuenta yardas. Pero en un día tan claro y a esa distancia, ¿cómo no habían hecho blanco? ¿Cómo no habían matado cien veces a Silverton, al fin y al cabo un cegato que se movía arrastrándose, que además ya estaba herido y que ofrecía un blanco perfecto?
Haley no lo entendía.
No se veía a nadie allí, absolutamente a nadie, pero estaba claro que el asesino había podido ocultarse porque existía un bosquecillo a cierta distancia. Eso si se trataba de un ser humano. Si no se trataba realmente de un, diablo…
¿Pero cómo puede el diablo tener tan mala puntería, si es que el diablo se molesta en vivir entre nosotros? ¿Cómo pudo fallarse aquel tiro que era elemental incluso para un aprendiz?
La puerta se abrió de pronto.
Evans, el mayordomo, apareció. Había notado ya algo raro y latía en sus ojos una expresión de estupor.
—Teniente —bisbiseó—, ¿qué… qué pasa?
—Supongo que tiene anotado algún número de médicos de urgencia y de ambulancias, ¿no?
—Por supuesto. Junto al teléfono.
—Pida una.
—¿Quién se encuentra mal?
—Nadie se encuentra mal. No es ningún corte de digestión, maldita sea. Han intentado cargarse a Silverton.
—¿Le han dado?
—Incomprensiblemente, sólo le han dado en un hombro. Pero no perdamos ahora tiempo hablando de eso… ¡Vaya!
Cuando el otro iba a atravesar la puerta, Haley le detuvo, sin embargo, con una seca pregunta:
—Oiga, Evans.
—¿Qué… qué hay?
—¿Quién tiene aquí un rifle calibre 22? ¿Hay alguno en la casa?
—Sí. Hay uno. Es del señor Malone.

—¿Cuándo lo compró?

—Ayer. Dice que tiene miedo. Que necesita defenderse.

Haley se mordió el labio inferior.

—Por eso no lo había visto antes… —dijo, pensando en voz alta —. Infiernos, eso significa que cualquiera puede haberse hecho con él y emplearlo…

Evans había desaparecido. Mientras llegaba la ambulancia, Haley corrió junto a Silverton y le ayudó a mantenerse en pie.

De todos modos, al rehacerse, Silverton demostraba ahora un valor que antes no tuvo. No se quejaba del dolor que debía causarle la herida. Se mantenía en pie y sus ojos miraban fijamente al vacío con una expresión donde el miedo había sido sustituido por el estupor.

—No entiendo cómo no… no me han dado —musitó.

—Por el impacto de la bala, ésta ha sido disparada desde poca distancia —dijo Haley—. En efecto, es muy extraño que no le hayan alcanzado, y eso sólo puede tener una explicación posible.

—La pésima puntería del a… a… asesino.

—No, no tan mala puntería —dijo Haley, como si hablara consigo mismo—. El primer disparo le ha debido arrancar a usted las gafas, porque las he visto rotas en el suelo. Otro le ha herido en el hombro. Pudieron haber acabado con usted fácilmente, pero algo ha ocurrido.

—No… no ha podido ocurrir nada. El rifle era el mismo que unos segundos antes. La distancia idéntica. Tampoco ha intervenido nadie para estorbar…

—Ha intervenido algo.

—¿Qué?

—La única variación que he visto —dijo Haley pensativamente —. De pronto ha salido el sol.

—No tiene nada que ver… —farfulló Silverton, quien iba perdiendo fuerzas pero se mantenía firme—. He pensado en eso mientras me apoyaba aquí… Se podría comprender si el sol hubiese estado de frente al que me apuntaba, en cuyo caso lo hubiera deslumbrado. Pero fíjese en su posición… ¡cualquiera que estuviese disparando desde el fondo del prado, tendría el sol de espaldas!

Haley cabeceó pensativamente.

Ya se había dado cuenta de eso, por supuesto, pero también se

había hecho su propia composición de lugar. Y tenía la única seguridad con que contaba.

—A la persona que ha disparado le molesta el sol —bisbiseó.

—¿Qué dice?

—Podría ser usted, Silverton.

—Está loco…

—No me refiero a eso. Me refiero a que debe ser alguien que tiene los ojos muy delicados, alguien que necesita gafas negras. Una de esas personas a las que el exceso de luz les irrita y les impide ver bien. Al salir de pronto el sol, lo ha visto todo borroso. No ha tenido tiempo de acostumbrarse al cambio de luminosidad y ha disparado defectuosamente. Por lo tanto, eso nos permite extraer alguna conclusión.

Silverton musitó:

—Sólo una persona queda excluida de toda sospecha.

—¿Quién?

—Usted piensa que el asesino o la asesina han de llevar gafas negras, ¿no?

—Por supuesto.

—Sólo una persona no las necesitaría jamás. Usted está pensando lo mismo que yo —dijo trémulamente Silverton.

—Sí: Sonia. Una campeona de tiro al arco no podría fallar un tiro así. Tiene unos ojos perfectos. Ella es la única que queda libre de toda sospecha, pero los otros no. Los otros de ningún modo.

Y Haley sostuvo al herido porque éste, definitivamente, iba a caerse. La voz dijo entonces a su izquierda:

—Celebro que al menos me salve a mí, teniente. Siempre es un consuelo…

Y Sonia le ayudó a sostener a Silverton. Éste cayó a plomo sobre el porche, sin embargo, mientras en las baldosas iba quedando una mancha escarlata.

CAPÍTULO XII

LA REVELACIÓN

Cuando la ambulancia llegó poco más tarde, Silverton había perdido mucha sangre, pero tenía grandes posibilidades de salvación. En el propio vehículo le podían hacer una transfusión, mientras le llevaban al hospital, Haley ordenó que el sargento Gordon le acompañara por si el herido, que estaba inconsciente, decía en el camino alguna palabra que tuviera importancia.

La próxima cosa que hizo fue examinar de nuevo el impacto de la pared, calcular la dirección de la bala y calcular asimismo el sitio desde donde el disparo había sido hecho. No se equivocó ni en diez yardas. Tras el cuadro de flores que había previsto, estaba el rifle calibre 22 con dos balas todavía en la recámara.

Lo alzó cuidadosamente, empleando un pañuelo, pero daba por descontado que no encontraría huellas en él. Si no habían encontrado huellas en los anteriores crímenes, no había razón para que las cosas cambiaran en éste. La persona que utilizó aquel rifle lo habría hecho con guantes, y aunque a veces los laboratorios también obtienen datos de éstos, las pesquisas resultarían inútiles. De todos modos, Haley llevó el rifle a la casa, lo dejó en la misma situación en que lo había encontrado —es decir, sin el seguro puesto—, y lo apoyó en una de las paredes. Luego él mismo telefoneó a Riccon, el mejor técnico de que disponía la policía de Chicago.

—Ven a buscarlo personalmente —pidió—. No creo que encuentres huellas, pero tal vez obtengas algún indicio por el modo como han sido tratados los mecanismos. Por ejemplo, si la persona que los ha utilizado últimamente los conocía bien o no. Si se ha producido alguna rozadura innecesaria, si las balas han sido bien

cargadas… Eso nos puede dar algún dato. Yo te lo voy a dejar exactamente tal como lo he encontrado.

—¿Tiene el seguro puesto? —preguntó Riccon.

—No.

—Entonces eso indica que lo han dejado precipitadamente… Pero, aun así, un tirador acostumbrado a los rifles no los abandona sin el seguro puesto. Es algo automático, como pones sin darte cuenta el punto muerto en un coche cuando frenas ante una luz roja.

—Puede ser un dato, Riccon. Ven pronto. No lo olvides.

Y fue a la habitación donde había pedido que se congregaran todos. Sus ojos se empequeñecieron, se afilaron mientras los miraba uno a uno con una especie de análisis venenoso y amargo a la vez. Sus ojos escrutaron la figura de Lorna, tan opulenta y tan joven. La de Sonia, tan perfecta y esbelta. La del cansado Malone, que de pronto parecía harto de vivir. La de Evans, el mayordomo, que en una novela inglesa de los años treinta hubiera sido, sin duda el principal sospechoso.

El sol entraba ahora a raudales en la habitación. Los nubarrones se habían disipado por completo. Haley se puso un cigarrillo en los labios, lo encendió y tomó un cenicero de metal para que la ceniza no cayese en el suelo, pues él estaba en pie mientras hablaba. Mientras en sus ojos seguía insinuándose aquella lucecita amarga, musitó:

—De una única cosa estoy seguro, y por eso les he pedido que se congregaran aquí. Esa cosa, esa única pista puede resumirse en pocas palabras: el que ha disparado contra Silverton, creyendo que podría matarlo fácilmente, se encuentra en la casa y se encontraba entonces muy cerca de ella también. No puede moverse de estos lindes porque la policía los vigila. Por lo tanto he de dar por sentado que se halla entre estas paredes.

Malone palideció, pero sus labios dibujaron un leve gesto de burla. Mientras hacía un gesto ambiguo con una mano, dijo:

—¿Qué pasa? ¿Soy yo el que mato a mis herederos? ¿Y por qué lo hago, según usted? ¿Por divertirme?

Haley tuvo un leve estremecimiento.

Fue casi imperceptible.

Y con apenas un hilo de voz musitó:

—Sus herederos, Malone… Los herederos de una fabulosa fortuna… Eso es lo que me ha dado otra pista.

—¿Por qué? No lo entiendo…

—Al principio tampoco lo entendía yo —confesó Haley—. Había una cosa lógica, claro. Si la fortuna que hallaron tenía que repartirse entre los supervivientes en cuanto alguno de los socios muriese, resultaba en cierto modo comprensible que uno quisiera eliminar a los otros. Y usted, el único que quedaba vivo, era el principal sospechoso, Malone, porque era el único que se beneficiaba. Pero a partir de ahí la lógica se rompía. Dejaba de existir.

—Sigo sin entenderle, teniente.

Haley depositó un poco de ceniza en el recipiente de metal que llevaba en la derecha y se situó cerca de la ventana para susurrar:

—En fin… Está claro, ¿no? Desde el momento en que los que morían eran sus herederos, por ejemplo, Fred, usted dejaba de ser sospechoso porque en nada le beneficiaban esas muertes. Pero en cambio podían beneficiar a alguien de la familia.

—¿Quién?

—¿Y yo qué sé? —musitó Haley encogiéndose de hombros—. Alguien que espera heredarle a usted, Malone. Alguien que mató a sus socios y le convirtió a usted en un hombre fabulosamente rico para, a continuación, y siguiendo un plan frío y calculado, eliminar a los otros herederos antes de liquidarle a usted, con lo cual esa fortuna sería completamente suya. Una persona, pues, que está aquí, que tiene un interés concreto y que vive en esta casa.

Las palabras sonaron como aldabonazos, como secos trallazos en los oídos de todos. De una forma casi imperceptible, se estremecieron. El sol que seguía entrando a raudales mostró su repentina palidez, sus labios temblorosos.

—Pero se han dado circunstancias increíbles… —bisbiseó el propio Malone—. Cosas que hacen pensar en fuerzas que no son humanas…

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo… por ejemplo, el maniquí cayendo encima de Sonia.

—Pudo estar conectado con un hilo muy fino al pie de una persona de las que entonces estaban en la habitación —explicó

tranquilamente Haley—. Incluso al pie de la propia Sonia. Hacer desaparecer ese hilo, con la confusión subsiguiente, era algo tan fácil que no lo menciono siquiera.

—No es un dato —gruñó Malone como si le estuvieran acusando a él—. Ocurrieron otras cosas incomprensibles, como por ejemplo, el hecho de que Silvester recibiera un pedacito del mascarón de proa de aquel maldito galeón sumergido. ¿De dónde salió? ¿Eh? ¿Quién lo trajo? ¿El diablo?

—No, el diablo no. Usted, Malone.

El millonario quedó ahora terriblemente pálido. Sus facciones se desencajaron por completo. Con voz que no parecía la suya, balbució:

—¿Me está a… acusando?

—Sólo digo que lo trajo usted, pero no lo hizo intencionadamente. Es más, lo ignoraba por completo. Ese pedacito de mascarón de proa se le quedó enganchado en el rifle submarino. He comprobado que tiene otras adherencias, aunque casi microscópicas. La persona que limpió ese rifle pudo hacerse con el pedacito de madera.

—Oiga… Mi rifle pueden haberlo limpiado varias personas. ¡Lo que dice no tiene sentido!

—No he dicho aún quién lo limpió —musitó Haley—, sólo digo que alguien lo hizo. Igual ocurrió con el sujetador de corbata de Silvester. El asesino lo robó del cadáver y luego lo depositó aquí a fin de acentuar la sensación de cosa sobrenatural, de cosa imposible de explicar. Todo su plan era coherente y lógico, pero al mismo tiempo introducía en él ciertos elementos mágicos. Ciertos elementos siniestros que estaban destinados a confundirme y a hacerme pensar en algo casi sobrenatural, cuando lo que se ventilaba era un sórdido juego de intereses: tenían que heredarle a usted, Malone. Tenía que quedar un único heredero antes de que usted dejase también este confuso mundo de los vivos.

Y dejó otra vez ceniza en el recipiente de metal. Éste se movía en sus manos confusamente, rápidamente. ¿Quizá estaba nervioso Haley? ¿Quizá por primera vez no era dueño de sus reflejos?

El cenicero metálico brillaba en sus dedos.

Una vez.

Otra…

Recibía de lleno la luz del sol.

Y esa luz reflejada en la superficie metálica fue de lleno, como una lanzada, hacia los ojos de Malone, que pestañeó. Inmediatamente, sin transición, sin dar tiempo para rehacerse a nadie, fue también a los ojos de Lorna, que pestañeó asimismo. Y dio un salto a los ojos de Sonia… ¡que se los tuvo que tapar mientras lanzaba un grito!

—¿Has olvidado las lentillas con las que tirabas al arco, Sonia? —preguntó él con voz opaca—. ¿No las llevas esta vez? ¿Has olvidado también las gafas negras que todo el mundo creía que no usabas jamás? ¿Las gafas negras que necesitaste para ir segura en el momento de cometer tus crímenes?

Las palabras no parecían acusadoras. Eran amargas, eran tristes. Eran unas palabras donde palpitaba una sorda decepción. Pero las manos de Sonia estaban trémulas, su cuerpo vibraba y sus piernas temblaban como si fueran a doblarse. Una especie de conmoción brutal la dominó. Haley dijo con voz opaca:

—Es una acusación formal, Sonia, pero tiene derecho a defenderse. En todo caso le prometo que tendrá un juicio legal y que nada quedará sin investigar. Pero… ¡por todos los infiernos! ¡Sonia!

Su voz pareció desgarrarse.

—¡SONIA!

La muchacha corría alocadamente hacia la puerta. No veía bien. Estaba deslumbrada. Chocó dos veces. Volvió a correr…

Haley hubiera podido usar su revólver, pero ni siquiera se le ocurrió tocarlo. Bruscamente saltó hacia ella con la simple intención de detenerla. La vio saltar de nuevo, chocar contra la puerta, abrir…

Y eso fue todo.

Eso fue lo último.

De pronto el estampido.

El espeso olor a pólvora.

La muerte…

Sonia había tropezado materialmente con el rifle calibre 22, con el seguro suelto, que el propio Haley dejó allí. El mismo rifle que ella había manejado apenas media hora antes. El plomo le voló la cabeza.

Haley sintió una brutal sacudida en el fondo de sus huesos.

Dejó caer el cenicero al suelo.

Por primera vez, en muchos años, las fuerzas le fallaban.

Maquinalmente, como un autómata, cerró los ojos de la muerta. O lo que quedaba de sus ojos. Luego, arrastrando los pies como si no tuviera vigor ni para andar, se alejó de allí.

Sus ojos estaban entrecerrados.

El sol caía a plomo sobre su cabeza.

Ni una nube en el cielo.

Todas las nubes estaban en sus pensamientos y en su vida.

Subió al patrullero que estaba cerca de la casa y pidió al conductor que le llevara al hospital de Riselky. Ya no podía más: A pesar de que Nelly le había pedido lo contrario, iría a verla. No la dejaría morir sola. Le acompañaría en esos terribles momentos en que de verdad hace falta una mano amiga. Nunca como ahora había sentido Haley lo que es la piedad.

Se detuvo ante el hospital.

Subió los viejos escalones de piedra.

Vio los pasillos interminables y blancos.

Las sombras furtivas.

Las habitaciones numeradas y los rostros quietos que parecían espiar a través del tiempo.

De pronto se detuvo.

Allí estaba.

Empujó la puerta sin hacer el menor ruido.

Y distinguió el interior. Nelly estaba allí. Agonizaba. Junto a ella, infatigable, secándole el frío sudor con un pañuelo, tendiéndole su mano amiga —la última mano amiga—, estaba otra mujer.

Haley tuvo que cerrar los ojos.

Era su esposa.

Le pareció que la voz de la enfermera, al pasar, llegaba desde un lejano mundo. Le pareció que la voz surgía de su propia conciencia, de las cenizas de un pasado que jamás había llegado a morir.

—Esa pobre mujer lleva ahí cuatro noches y cuatro días, sin moverse, sin dormir, atendiendo a la enferma. ¿Quién es? ¿Usted sabe quién es? ¿Una amiga?…

Haley no pudo contestar.

Cerró la puerta poco a poco.

Y otra vez supo lo que era la piedad, otra vez supo lo que era el perdón, otra vez supo —pero con una sinceridad que ahora llegaba hasta el fondo de su alma—, lo que puede ser la grandeza de una mujer que, por amor a un hombre, llega a amar a través de éste a su peor enemiga.

Se detuvo en las escaleras.

El sol tibio daba en su cara.

Ya era un sol que no quemaba. Era un sol casi acariciante. Un sol que hablaba de la vida que podía empezar otra vez.

Y Haley resolvió esperar allí a su esposa. Esperaría hasta el fin del mundo, si fuera preciso.

Se puso un cigarrillo en sus labios, y se olvidó de encenderlo. Luego se dejó caer en uno de los largos bancos de madera cercanos a la entrada.

Le recorrió un estremecimiento de frío.

FIN

NOTAS

[1] Los datos expuestos en esta novela en cuanto al «triángulo de las Bermudas» son ciertos. Para no cansar al lector, no daremos una relación de naufragios inexplicables y de aviones y buques desaparecidos en circunstancias misteriosas y de los que no ha vuelto a saberse jamás, pero existen numerosas publicaciones especializadas donde se detallan esos raros fenómenos. Numerosos grupos científicos están hoy estudiando los casos que se han dado en tal zona marina, lo cual indica que hay algo más que fantasías de navegantes en todos esos sucesos. En cuanto a las construcciones submarinas entre las que algunos viejos lobos de mar han creído captar señales, existen realmente. Por último, también es cierta la gran cantidad de OVNIS (objeto volador no identificado) que han sido vistos en la zona. (N. del E.) <<